

EL PODER DE LA RESURRECCIÓN



Oswaldo Rebolleda

EL PODER DE LA RESURRECCIÓN



Osvaldo Rebolleda

Este libro No fue impreso
con anterioridad
Ahora es publicado en
Formato **PDF** para ser
Leído o bajado en:
www.osvaldorebolleda.com

Provincia de La Pampa
rebolleda@hotmail.com

Todos los derechos de este material son reservados para el Señor, quién los ofrece con la generosidad que lo caracteriza a todos aquellos que desean capacitarse más y lo consideran de utilidad.

No se permite la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, para ser publicado comercialmente.

Se puede utilizar con toda libertad, para uso de la enseñanza, sin necesidad de hacer referencia del mismo.

Se permite leer y compartir este libro con todos los que más pueda y tomar todo concepto que le sea de bendición.

Edición general: **EGE**

Revisión literaria: **Autores Argentinos**

Revisión solo ortográfica - **IA**

Diseño de portada: **EGEAD**

Todas las citas Bíblicas fueron tomadas de la Biblia versión Reina Valera, salvo que se indique otra versión.

CONTENIDO

Introducción.....	5
Capítulo uno:	
Diseños de resurrección.....	9
Capítulo dos:	
La tumba vacía.....	24
Capítulo tres:	
Primicia de los que durmieron.....	38
Capítulo cuatro:	
Adelanto de resurrección.....	49
Capítulo cinco:	
Vientos de resurrección.....	64
Capítulo seis:	
La cruz y la resurrección.....	78

Capítulo siete:

La resurrección y el fin de los tiempos.....93

Reconocimientos.....107

Sobre el autor.....109



INTRODUCCIÓN

“Entonces Jesús le dijo: Yo soy la resurrección y la vida. El que cree en mí vivirá, aunque muera; y todo el que vive y cree en mí no morirá jamás. ¿Crees esto?”

Juan 11:25 y 26 NVI

Los discípulos de Jesús, al ver su encarcelamiento y Su terrible muerte, perdieron la fe. Sin embargo, cuando se encontraron con el Cristo resucitado y fueron impartidos con el poder de la resurrección, todo cambió para ellos. La vida nueva espiritual que recibieron, les cambió la fe de manera radical y comenzaron a caminar en el propósito sin claudicar. Eso es lo que genera el poder de la resurrección.

La plenitud eterna para todo creyente, llegará en la primera resurrección de los muertos, pero hasta recibir ese cuerpo glorificado y eterno, tenemos la oportunidad de experimentar un adelanto de la resurrección, en la vida expresada a través de la Iglesia, que es el cuerpo de Cristo. En esta dimensión de gracia, aun portando un cuerpo de muerte, somos invitados a la búsqueda de la plenitud espiritual (**Efesios 1:23**).

Este libro hace referencia a la resurrección a través de la obra consumada de Cristo, nuestros procesos de redención, la vida que expresamos y la eternidad que vendrá. Con el poder de la resurrección de Cristo podemos vivir de manera

diferente. La mayoría de las personas creen que no se puede vivir en plenitud espiritual, pero cuando recibimos la gracia, no solo obtenemos salvación, sino también Su vida de resurrección (**Efesios 4:13**).

La dinámica en Cristo es que, al ser bautizados en Su cuerpo, nuestra naturaleza espiritual comienza un proceso de madurez, mientras que nuestra alma, sus sentimientos y emociones, entran en un proceso de redención, así como nuestra carne continúa transitando su proceso de muerte. Es entonces cuando dejamos de ser esclavos del pecado y avanzamos en el adelanto de la vida de resurrección.

La resurrección nos permite vivir sin temor a la pérdida, porque nos otorga una perspectiva eterna. Jesús no solo resucitó, sino que Él mismo dijo ser la resurrección y se impartió a Su Iglesia. Pensar en la resurrección nos permite tener una visión eterna, al comprender que hay algo más allá de lo que vivimos ahora, y que vale la pena invertirse en ese futuro glorioso.

Generalmente, consideramos que la vida aquí en la Tierra, a pesar de las dificultades, es un camino hacia la vida eterna. Sin embargo, debemos cultivar una mentalidad de eternidad desde el mismo momento en el que fuimos alcanzados por la gracia del Señor, porque ya estamos viviendo espiritualmente una vida de resurrección.

Esto también nos ayuda a comprender que cualquier problema o aflicción que enfrentemos en esta vida, es

momentáneo y pasajero en lo natural, pero edificante e instructivo en lo espiritual. El apóstol Pablo lo expresó de esta manera: ***“Aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día. Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria”*** (2 Corintios 4:17).

Es evidente que Pablo operaba con una clara conciencia de la resurrección eterna. La corriente cultural de este mundo nos enseña que la vida es solo una, y que hay que disfrutarla, que los momentos simplemente pasan porque cada uno tiene una fecha de vencimiento. Es lógico que los impíos piensen así, porque naturalmente es cierto. Sin embargo, los hijos de Dios debemos tener claro lo que implica la eternidad.

La vida que recibimos en Cristo es espiritual y eterna. Nuestro cuerpo biológico tiene fecha de caducidad, pero Dios nos dará un cuerpo nuevo en el gran día de la resurrección. Esta verdad lo cambia todo. No podemos pensar como las personas sin Dios, y este libro puede ayudarnos a reflexionar sobre esto. Debemos aprender a administrar nuestro potencial en función del Reino, no de nuestros propios intereses.

No se trata de menospreciar lo que nos sucede en esta vida, sino de gestionarlo correctamente, dando el justo valor a cada cosa y operando en la vida y el potencial de Cristo. Tener una perspectiva eterna no es algo pasivo, porque la misma resurrección implica una comisión, y la única manera

de cumplirla correctamente es manifestando la vida de Cristo que portamos.

La resurrección nos comisiona, porque aún hay millones de personas que no conocen las virtudes del evangelio del Reino. Nosotros no podemos salvar, porque la salvación proviene de Dios, pero sí debemos testificar el evangelio correctamente y dar fruto para alabanza de nuestro Padre. Así como hay una vida eterna, también hay una muerte eterna, y solo la valoración de la gracia nos hará efectivos en nuestra tarea.

Cuando los hijos de Dios carecemos de una verdadera revelación de la resurrección, tendemos a cultivar prioridades y valores equivocados. Nos enfocamos más en nuestros problemas que en las demandas del Reino, lo que nos impide ser efectivos de cara a los tiempos finales.

Estoy persuadido de que este libro les ayudará a encontrar el enfoque correcto sobre la importancia de la resurrección y sobre cómo vivir en su poder. Ruego que tengan a bien, invertir un tiempo prudencial en su lectura, porque los tiempos que vivimos nos ejercen una presión profética que no debemos ignorar.

“Les escribo estas cosas a ustedes que creen en el nombre del Hijo de Dios, para que sepan que tienen vida eterna”.

1 Juan 5:13

Capítulo uno

DISEÑO DE RESURRECCIÓN

“Yo y el Padre uno somos.

Entonces los judíos volvieron a tomar piedras para apedrearle. Jesús les respondió: Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre; ¿por cuál de ellas me apedreáis? Le respondieron los judíos, diciendo: Por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia; porque tú, siendo hombre, te haces Dios...”

Juan 10:30 al 33

Es curioso que las personas se pregunten unas a otras si creen en Dios, y que ante esta interrogación, encontremos una enorme diversidad de respuestas. Sin embargo, es muy raro encontrar a alguien que sea capaz de cuestionar la existencia de Jesús, pues está históricamente probado que realmente vivió en el primer siglo. De hecho, aunque algunos no crean en su divinidad, deben tener en cuenta cada día la fecha que dividió la historia en un antes y un después de Cristo.

Excepto por algunas personas poco informadas sobre los hechos históricos, la gran mayoría cree que Jesús fue un

hombre que caminó por la tierra de Israel hace más de dos mil años. El gran debate que divide opiniones surge cuando se menciona Su divinidad. Nadie tiene problemas en aceptar su existencia histórica; incluso la mayoría de las religiones del mundo enseñan que Jesús fue un profeta. Algunos dicen que fue un buen maestro de vida, y otros, que fue un hombre ejemplar, lleno de amor por el prójimo.

Quienes sostienen alguna de estas posturas suelen no creer en la Biblia como un libro inspirado por Dios. Sin embargo, el problema es que el mismo Jesús no solo vivió cumpliendo todas las profecías mencionadas en la Biblia, sino que afirmó que las Escrituras daban testimonio de Su propia vida (**Juan 5:39**), y de la voluntad del Padre respecto de Él.

Aquí es donde muchas personas caen en la primera de todas las incongruencias. Jesús no puede ser solo un profeta, un buen maestro o un hombre virtuoso si, al identificarse en las Escrituras y al atribuirse una naturaleza divina, hubiera mentido. En ese caso, más que un hombre ejemplar, habría sido un impostor, un mentiroso y un falso maestro.

Este es el primer punto que cualquiera debería resolver en su opinión sobre Jesús. Si creen que fue un maestro de moralidad, pero niegan su divinidad, en realidad lo estarían descalificando, pues Él enseñaba eso, y en tal caso, todas sus enseñanzas carecerían de valor. Un hombre que, siendo simplemente humano, se atribuye una identidad divina y

asegura ser uno con Dios (**Juan 10:30**), sería más bien un peligroso psicópata.

La vida de Jesús no admite términos medios: o creemos que verdaderamente es el Hijo de Dios, o de lo contrario, debemos concluir que fue alguien con serios problemas mentales. Las personas pueden rechazarlo, despreciarlo, insultarlo, o por el contrario, caer a sus pies reconociéndolo como Señor y Dios, como lo hemos hecho históricamente los cristianos. Pero es absurdo pretender mantenerse en una posición intermedia diciendo que fue solo un gran hombre o un extraordinario maestro. Él no ha dejado esa opción abierta para nadie.

“¿Quién te haces a ti mismo? Respondió Jesús: Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria nada es; mi Padre es el que me glorifica, el que vosotros decís que es vuestro Dios. Pero vosotros no le conocéis; mas yo le conozco, y si dijere que no le conozco, sería mentiroso como vosotros; pero le conozco, y guardo su palabra. Abraham vuestro padre se gozó que había de ver mi día; y lo vio, y se gozó. Entonces le dijeron los judíos: Aún no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham? Jesús les dijo: De cierto, de cierto os digo: Antes que Abraham fuese, yo soy. Tomaron entonces piedras para arrojárselas; pero Jesús se escondió y salió del templo; y atravesando por en medio de ellos, se fue.”

Juan 8:53 al 59

Aquí vemos que Jesús se declaró como el “*Yo soy*”, una aplicación directa del nombre con el que Dios se identificó en el Antiguo Testamento (**Éxodo 3:14**). Ahora bien, ¿por qué los judíos querían apedrear a Jesús si Él no había dicho algo que ellos consideraban blasfemo? Claramente, lo entendieron como una afirmación de ser igual a Dios.

Hoy en día, las personas también enfrentan una decisión: o arrojan piedras con sus duros comentarios contra Jesús, o caen rendidos a sus pies, doblegándose ante la verdad. No hay otra opción. No se puede sostener una posición de respeto por Él, descalificando Sus dichos.

El apóstol Pablo es considerado uno de los hombres más sabios e influyentes de la historia. Sin embargo, él mismo describió a Jesús como “*...nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo*” (**Tito 2:13**). Si esto no fuera cierto, entonces tampoco Pablo debería ser considerado un buen maestro ni un hombre sensato. O todas sus enseñanzas son correctas, o solo estaríamos ante un mentiroso. Lo cierto es que nadie debería considerarlo como un gran maestro sin tomar como ciertas todas sus enseñanzas.

Asimismo, el apóstol Pedro, quien caminó con Jesús durante tres años escribió: “*...nuestro Dios y Salvador Jesucristo*” (**2 Pedro 1:1**). Esto sería aún más grave, pues Pedro fue uno de sus discípulos preferidos; y conoció muy bien a su maestro. Si Pedro hubiera mentido y además hubiera estado dispuesto a morir por esa mentira, tendríamos

que considerarlo aún más psicópata que el mismo Jesús: uno por autoproclamarse Dios, y el otro por dar su vida respaldando una afirmación mentirosa.

Es cierto que un engañador podría encontrar a un seguidor devoto capaz de morir por su mentira. Pero todos los discípulos de Jesús murieron por Él, y no solo ellos, sino que, históricamente, millones de personas han dado su vida por su fe en Cristo. Algunos atribuyen esto simplemente a la fe religiosa, y podría aceptarse hasta cierto punto. Pero ¿qué diremos de los discípulos, quienes lo conocieron íntimamente? Hay que ser sinceros: la fe religiosa puede ser poderosa y hay personas que mueren por lo que creen sin haber visto nada, pero eso no habría sido una opción para quienes convivieron con Él durante tres años y lo conocieron como a un amigo cercano.

Por otro lado, algunos supuestos eruditos modernos intentan argumentar que Jesús no dijo lo que está registrado en la Biblia, o que los manuscritos originales no afirman lo que creemos de Él. También sostienen que sus milagros tienen explicaciones naturales y que Jesús solo fue un buen maestro de moralidad. ¡Qué absurdo! ¿Cómo puede ser un buen maestro de moralidad alguien que mintió y simuló milagros para engañar a las multitudes?

Comienzo mi enseñanza con esta verdad porque, para comprender el evangelio, es fundamental reconocer que Jesús es Dios. Si no lo fuera, su muerte no habría sido suficiente para pagar el castigo por los pecados de toda la

humanidad (**1 Juan 2:2**). Solo Dios, encarnado en un ser perfecto, pudo pagar una condena eterna:

“Más Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros. Pues mucho más, estando ya justificados en su sangre, por él seremos salvos de la ira.”

Romanos 5:8-9

Jesús tenía que ser perfectamente Dios para consumir Su obra y, al mismo tiempo, tenía que ser perfectamente hombre para morir por la humanidad. Ningún hombre con naturaleza pecaminosa podría haber cumplido de manera perfecta las demandas de Dios, y mucho menos hacerlo en favor de toda la humanidad. Por eso Jesús dijo:

“Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí.”

Juan 14:6

No hay salvación en nadie más que en Jesucristo (**Hechos 4:12**). Nuestra fe se centra en Su persona y Su obra. Confiamos en quién es Él y en lo que ha hecho: que es Dios hecho carne (**Juan 1:14**), que murió por nuestros pecados y que resucitó de entre los muertos. La salvación no puede separarse de la persona y obra de Jesucristo.

Personalmente, fui criado en un entorno familiar y social en el que Jesús era aceptado y reconocido como Salvador. Pero el día que recibí la gracia de Su vida, pude ver

y comprender lo que nunca antes había entendido. Sabía que Jesús murió en la cruz por los pecadores, pero jamás había comprendido la magnitud y los alcances de Su obra.

Ahora entiendo el gran manto de tinieblas que cubre la ignorancia humana (**2 Corintios 4:4**), porque la obra de Jesús y las evidencias bíblicas son abrumadoras y extraordinarias. La salvación solo puede venir de Jesucristo; ningún hombre puede ganarla o merecerla por sus obras. No importa lo que haga, nunca nadie podrá realizar las obras de justicia suficientes como para convertir en justo a un culpable, y ciertamente todos lo somos:

***“Como está escrito: No hay justo, ni aun uno;
No hay quien entienda, no hay quien busque a Dios.
Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles;
No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno...”***
Romanos 3:10 al 12

La humanidad de Jesús es fundamental porque no hay remisión de pecados sin derramamiento de sangre (**Levítico 17:11; Hebreos 9:22**). Si Jesucristo no fuera realmente humano, no habría podido sacrificar Su cuerpo y derramar Su sangre por nuestros pecados (**1 Pedro 2:24**). Si Jesús no hubiera sido verdaderamente Dios, entonces Él mismo habría necesitado expiación por sus propios pecados.

Si Jesús no hubiera sido perfectamente Dios, no habría podido proporcionar salvación, pues la salvación proviene del Señor (**Salmo 3:8**). Debemos comprender que, si Jesús

no hubiera sido completamente Dios y completamente hombre, Su sacrificio habría sido insuficiente para expiar nuestros pecados (**Hebreos 2:14 al 17**). Por eso su vida y su obra no tienen comparación con nada ni con nadie. Él es verdaderamente glorioso.

“Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre, el cual se dio a sí mismo en rescate por todos, de lo cual se dio testimonio a su debido tiempo”.

1Timoteo 2:5 y 6

El diseño de Dios para la redención humana es verdaderamente extraordinario. Nadie podría haber concebido un plan semejante. Ninguna mente humana sería capaz de inventar un plan espiritual que coordinara escritos elaborados en un período de mil seiscientos años, con casi cuarenta autores inspirados, en tres idiomas y tres continentes diferentes, y que todo se cumpliera de manera literal y sobrenatural.

Las figuras, los significados, las relaciones, la historia, los mandamientos y los hechos, todo está vinculado a Jesucristo. Todo se cumplió en Él, y lo que aún no se ha cumplido es porque está profetizado para un tiempo futuro. La Biblia señala a Jesús como Dios, y a la misma vez no puede ser separada de Él.

“En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas

las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho, fue hecho. En él estaba la vida, y la vida era la luz de los hombres.”

Juan 1:1 al 4

La muerte de Cristo pagó la penalidad por nuestros pecados, y Su resurrección conquistó la muerte, porque Él fue el fin de la Ley y el cumplimiento de toda justicia (**Romanos 10:4**). Su sacrificio fue perfecto y definitivo: ***“somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre”*** (**Hebreos 10:10**). Pero Su misión no se limitaba solo a Su muerte; Su resurrección era clave.

“...Jesús, Señor nuestro, el cual fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación.”

Romanos 4:24 y 25

La resurrección de Jesucristo es fundamental para nuestra fe, y es importante comprender sus muchas implicaciones. En primer lugar, testifica del inmenso poder de Dios, quien no solo da vida, sino que gobierna sobre la muerte. Solo Él, el dador de la vida, puede resucitar después de la muerte.

“¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria? Ya que el aguijón de la muerte es el pecado, y el poder del pecado, la ley. Más gracias sean

***dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro
Señor Jesucristo.”***

1 Corintios 15:55-57

La resurrección de Jesucristo también es crucial porque valida que Él era quien afirmó ser: el Hijo de Dios. Su resurrección fue la señal del cielo de la cual Él mismo habló (**Mateo 16:1 al 4**). Además, Su resurrección fue atestiguada por cientos de testigos oculares, proporcionando pruebas irrefutables de que Él era verdaderamente hombre, verdaderamente Dios, y como tal, el gran Salvador del mundo.

“...Hablé acerca de todas las cosas que Jesús comenzó a hacer y a enseñar, hasta el día en que fue recibido arriba, después de haber dado mandamientos por el Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido; a quienes también, después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del Reino de Dios.”

Hechos 1:1 al 3

Otra razón por la que la resurrección de Jesucristo es importante es que prueba Su carácter sin pecado. La paga del pecado es la muerte (**Romanos 6:23**), y Él cargó con los pecados de toda la humanidad, por eso murió. Sin embargo, si hubiera pecado, la muerte habría podido retenerlo definitivamente, pero no pudo retenerlo, y el Espíritu Santo lo levantó de la tumba (**Romanos 8:11**).

La resurrección cumplió además lo que había sido escrito cientos de años antes: que el Santo de Dios nunca vería corrupción (**Salmo 16:10**). Jesús estuvo solo tres días en la tumba y luego resucitó eternamente. Esa gloriosa resurrección nos garantiza que nosotros también resucitaremos.

De hecho, sin la resurrección de Cristo, no tendríamos posibilidad de salvación ni esperanza de vida eterna. Como dijo el apóstol Pablo: ***“Si Cristo no resucitó, esta buena noticia que anunciamos no sirve para nada, y de nada sirve tampoco que ustedes crean en Cristo.”*** (1 Corintios 15:14).

Jesús dijo: ***“Yo soy la resurrección y la vida, el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá. Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá eternamente.”*** (Juan 11:25 y 26). En esa declaración, afirmó ser la fuente y la esencia no solo de la resurrección, sino también de la vida eterna. No hay resurrección aparte de Cristo, ni vida eterna fuera de Él. Jesús no solo da vida; Él es la vida misma, y por eso la muerte no tiene poder sobre Él.

Jesucristo no vino a fundar una nueva religión, sino a establecer Su Reino, aun así, a diferencia de otras religiones, el cristianismo tiene un Fundador que trasciende la muerte y promete que Sus seguidores harán lo mismo. Todas las demás religiones fueron fundadas por hombres o profetas cuyo destino final fue la tumba. Como cristianos, sabemos que Dios se hizo hombre, murió por nuestros pecados y resucitó

al tercer día. La tumba no pudo retenerlo. ¡Él vive! Y está sentado a la diestra del Padre en el cielo (**Hebreos 10:12**).

En la cruz obtuvo la victoria que nunca hubiéramos podido alcanzar por nosotros mismos, no solo venciendo a la muerte, sino también a todo el imperio de las tinieblas.

“Y despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, triunfando sobre ellos en la cruz.”
Colosenses 2:15

En la cruz, Padre cargó nuestros pecados sobre Jesús, y Él mismo soportó el castigo que nos correspondía (**Isaías 53:4 al 8**). Él es un Juez justo y no pudo pasar por alto el pecado de la humanidad, pero en Su muerte, Jesús tomó sobre sí la maldición introducida por Adán, de manera que la muerte tenga un freno en Él (**Gálatas 3:13**).

Con Su muerte, nuestros pecados perdieron el poder de gobernarnos (**Romanos 6**). Con Su muerte, Jesús destruyó las obras del diablo (**Juan 12:31; Hebreos 2:14**), condenó a Satanás (**Juan 16:11**), y aplastó la cabeza de la serpiente para siempre (**Génesis 3:15**).

Sin embargo, La historia de Jesucristo no terminó con Su muerte. La resurrección es el fundamento del mensaje del Evangelio, pues nuestra salvación depende de la resurrección corporal de Cristo. Gracias a Su triunfo sobre la muerte, las promesas divinas trascienden, alcanzando a toda la humanidad.

Si la obra de Jesucristo es tan extraordinaria y comprobable, surge una gran pregunta: ¿por qué no todo el mundo la cree y la recibe? La respuesta radica en la falta de vida espiritual y en las operaciones de las tinieblas, que impiden a la humanidad comprender la gloriosa obra de Cristo. Por ello, nuestra misión es compartir las buenas nuevas: Jesús pagó nuestra deuda y cumplió nuestra condena.

La Biblia nos dice que, para ayudar a la humanidad a entender el Evangelio del Reino, el Espíritu Santo debe obrar convenciendo al mundo de pecado, de justicia y de juicio (**Juan 16:8**). Sin Su intervención, nadie podría acceder a la gracia divina. La gente escucha que el pecado produce condenación, pero aun así, nadie deja de pecar ni se inclina naturalmente ante tan gloriosa verdad.

La palabra “convicción” es una traducción del término griego “*elencho*”, que significa convencer a alguien de la verdad, reprobado, acusar, refutar o interrogar a un testigo. Es como si el Espíritu Santo actuara como un fiscal, exponiendo el mal, denunciando a los culpables y persuadiendo a las personas de su necesidad de un Salvador.

Tener convicción es sentir el dolor del pecado. Esto sucede cuando hemos contemplado la belleza de Dios, Su pureza y Su santidad, y cuando reconocemos que el pecado no puede habitar con Él (**Salmo 5:4**). Cuando Isaías estuvo en la presencia de Dios, inmediatamente fue abrumado por su propia maldad, diciendo: “*¡Ay de mí! que soy muerto;*

porque siendo hombre inmundo de labios... han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos” (Isaías 6:5).

El Espíritu Santo nos convence de pecado, cuando llegamos a ser profundamente conscientes de la ira divina que expone nuestra alma (**Romanos 1:18; Romanos 2:5**). Cuando el carcelero de Filipos cayó a los pies de los apóstoles y clamó: “*Señores, ¿qué debo hacer para ser salvo?*”, ese hombre, que momentos antes era un impío, había experimentado una verdadera convicción espiritual (**Hechos 16:30**). Por la gracia soberana, comprendió que sin un Salvador, estaba eternamente perdido.

Cuando el Espíritu Santo convence a las personas de su pecado, Él representa el justo juicio de Dios (**Hebreos 4:12**). No hay apelación contra este veredicto. Sin embargo, no solo nos convence de pecado, sino que también nos guía al arrepentimiento (**Hechos 17:30; Lucas 13:5**). Su obra ilumina nuestra relación con Dios, pues el poder de Su convicción abre nuestros ojos al pecado y nuestros corazones a la gracia (**Efesios 2:8**).

Alabamos al Señor, no solo por Su obra consumada en el Calvario, sino también por la convicción de pecado con la cual nos atrae a esta gloriosa verdad. Sin la convicción del Espíritu Santo, no puede haber salvación. Nadie se salva excepto por Su obra de convicción y regeneración en el corazón de los alcanzados por Su gracia.

La Biblia es clara al enseñar que todos los seres humanos, por naturaleza, nos rebelamos contra Dios y somos enemigos de Jesucristo. Todos, sin excepción, estábamos muertos en delitos y pecados (**Efesios 2:1**). Jesús declaró: ***“Ninguno puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere”*** (**Juan 6:44**). Por esto, ¿cómo no alabar a Dios por Su gracia soberana?

Los seres humanos no comprendemos nuestra condición mortal. En algún rincón del alma, seguimos creyendo que hay en nosotros algo bueno o una porción de justicia propia. No comprendemos el amor de Dios ni la obra integral de Jesucristo. Aun así, el Señor nos ha mostrado el camino de la redención.

Comprender la magnitud de la obra consumada de Cristo es un proceso, pues es mucho más gloriosa y extensa de lo que aún muchos cristianos han podido asimilar. Roguemos a Dios que, en Su misericordia, abra nuestros ojos al entendimiento, para que podamos comprender el gran poder de la resurrección de Jesucristo, y en Él, la nuestra.

“porque yo vivo, vosotros también viviréis”

Juan 14:19



Capítulo dos

LA TUMBA VACÍA

“Muchos se asombrarán al verlo, por tener la cara desfigurada, y no parecer un ser humano.

Muchas naciones se asombrarán, y en la presencia de mi fiel servidor los reyes quedarán mudos, porque verán y entenderán lo que jamás habían oído”.

Isaías 52:14 y 15 PDT

Jesús sufrió terriblemente de muchas maneras, más allá de la crucifixión. Fue despreciado por Su familia, atacado por los religiosos, abandonado por seguidores, traicionado por amigos, negado por Sus discípulos, encarcelado por los romanos, golpeado por el sumo sacerdote, interrogado por Pilato, torturado cruelmente, burlado, insultado y, finalmente, crucificado.

Jesús cargó sobre Sí el peso de los pecados de toda la humanidad (**1 Juan 2:2**). Fue el pecado lo que provocó que exclamara: *“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?”* (**Mateo 27:46**). Su sufrimiento físico fue brutal, pues estaba pagando nuestro castigo, y lo hizo hasta la muerte, y muerte de cruz (**Romanos 5:8**).

El profeta Isaías, en el famoso capítulo 53, describe con claridad el tormento que Jesús tuvo que soportar: *“Despreciado y desechado entre los hombres, varón de dolores, experimentado en quebranto; y como que escondimos de Él el rostro, fue menospreciado, y no lo estimamos... Mas Él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre Él, y por Su llaga fuimos nosotros curados.”*

Jesús no fue tomado por sorpresa; Él nació para esto. Les dijo a Sus discípulos que Su sufrimiento era inevitable:

“Es necesario que el Hijo del Hombre padezca muchas cosas, y sea desechado por los ancianos, por los principales sacerdotes y por los escribas, y que sea muerto, y resucite al tercer día.”

Lucas 9:22

Observemos que no solo tenía en claro Su muerte, sino también Su resurrección. El **Salmo 22:14 al 18** es otro pasaje poderoso que predice los sufrimientos del Mesías: *“He sido derramado como aguas, y todos mis huesos se descoyuntaron; mi corazón fue como cera, deritiéndose en medio de mis entrañas. Como un tiesto se secó mi vigor, y mi lengua se pegó a mi paladar, y me has puesto en el polvo de la muerte. Porque perros me han rodeado; me ha cercado cuadrilla de malignos; horadaron mis manos y mis pies. Contar puedo todos mis huesos; entre tanto, ellos me miran y me observan. Repartieron entre sí mis vestidos, y*

sobre mi ropa echaron suertes.” Para que esta y otras profecías se cumplieran, Jesús tuvo que sufrir.

Sabiendo todo esto, se comprende el tormento en Getsemaní, porque Él sabía lo que tendría que enfrentar y que Su momento había llegado. Muchos se preguntan: ¿Por qué Jesús tuvo que sufrir tan terriblemente?

Jesús tuvo que sufrir porque el sufrimiento era parte del sacrificio, y Él era el Cordero de Dios que vino para quitar el pecado del mundo (**Juan 1:29**). Su tortura física formaba parte del precio requerido por nuestros pecados.

El sufrimiento de Jesús en la cruz reveló la gravedad del pecado, la ira de Dios, la crueldad de la humanidad y el odio de Satanás. En el Calvario, se permitió a la humanidad mostrar el rostro más oscuro del pecado y la maldad, pero al mismo tiempo, fue el acto que nos ofreció salvación.

Somos nosotros quienes lo pusimos allí. Somos quienes lo acusamos falsamente, los instigadores, los torturadores, los burladores, los falsos, los violentos, los hipócritas... pero también somos quienes recibimos todo Su favor, porque estábamos en Él en esa cruz, en esa tumba y en esa resurrección.

“De esta manera también los principales sacerdotes, escarneciéndole con los escribas y los fariseos y los ancianos, decían: A otros salvó, a sí mismo no se puede salvar; si es el Rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y

*creeremos en él. Confió en Dios; líbrele ahora si le quiere;
porque ha dicho: Soy Hijo de Dios”*

Mateo 27:41 al 43

La crucifixión, era un método de ejecución que el antiguo Imperio Romano utilizaba para aplicar la pena de muerte a quienes fueran hallados culpables de delitos graves. Normalmente, estaba reservada para esclavos, extranjeros, rebeldes y aquellos considerados culpables de los crímenes más atroces. La muerte por crucifixión era brutal; por ello, no solo se utilizaba como castigo, sino también como un método de disuasión para otros.

Las víctimas de la crucifixión eran sometidas a una humillación extrema, dejándolas completamente desnudas. Para los judíos, esta forma de ejecución tenía un estigma adicional, pues la Ley afirmaba que morir en un madero era una maldición (**Gálatas 3:13**). Además, la crucifixión provocaba una muerte lenta y extremadamente dolorosa. Algunos condenados lograban sobrevivir varias horas e incluso días, razón por la cual los soldados solían quebrarles las piernas para acelerar su muerte.

Después de haber sido interrogado y maltratado por los judíos durante la noche, llegó la hora de los romanos. A las nueve de la mañana comenzaron a crucificar a Jesús. Al mediodía, una oscuridad cubrió toda la tierra (**Mateo 27:45**), la cual duró hasta las tres de la tarde, cuando Jesús entregó Su espíritu al Padre.

“Pilato se sorprendió de que ya hubiese muerto; y haciendo venir al centurión, le preguntó si ya estaba muerto. E informado por el centurión, dio el cuerpo a José, el cual compró una sábana, y quitándolo, lo envolvió en la sábana, y lo puso en un sepulcro que estaba cavado en una peña, e hizo rodar una piedra a la entrada del sepulcro. Y María Magdalena y María madre de José miraban dónde lo ponían.”

Marcos 15:44 al 47

Muchos, incluidos los discípulos, habían escuchado a Jesús decir abiertamente que resucitaría al tercer día (**Marcos 8:31; 9:31; 10:34**). Sin embargo, ante el horror de la cruz, nadie pareció considerar seriamente esa posibilidad, o al menos no demostraron creerlo.

Curiosamente, los religiosos sí recordaban la promesa de Jesús. Aunque no creían en Él, temían que los discípulos robaran el cuerpo y promovieran una falsa historia de resurrección. Por ello, presionaron a las autoridades romanas para que pusieran una guardia especial en el sepulcro, advirtiéndoles que, si algo así ocurría, el daño sería peor que la supuesta revuelta causada por el supuesto Mesías (**Mateo 27:62 al 64**).

Los romanos, conocidos por su estricta disciplina militar, tomaron medidas adicionales. Pilato les dio permiso para asegurar el sepulcro de la mejor manera posible, sellando la piedra que lo cubría y dejando soldados en guardia de noche y de día (**Mateo 27:65 y 66**).

Sin embargo, ni la guardia de los soldados romanos, ni el sello sobre la tumba pudieron evitar lo inevitable:

“Y hubo un gran terremoto; porque un ángel del Señor, descendiendo del cielo y llegando, removió la piedra, y se sentó sobre ella. Su aspecto era como un relámpago, y su vestido blanco como la nieve. Y de miedo de él los guardas temblaron y se quedaron como muertos.”

Mateo 28:2 al 4

Los guardias no pudieron impedir que la piedra fuera removida y que Jesucristo saliera del sepulcro. La obra estaba consumada, tanto en la tierra como en las profundidades. Ahora solo le quedaba presentarse ante el Padre, no solo como el Sumo Sacerdote, sino también como el sacrificio perfecto. Jesús debía presentar Su propia sangre en el atrio celestial.

Algunos soldados que custodiaban la tumba corrieron a la ciudad y relataron lo sucedido a los principales sacerdotes. Estos, en lugar de aceptar la verdad, decidieron sobornar a los soldados con una gran suma de dinero y les ordenaron difundir la mentira de que los discípulos de Jesús habían robado Su cuerpo mientras dormían (**Mateo 28:11 al 13**).

Luego les dijeron a los soldados: ***“Si el gobernador llega a saber esto, nosotros hablaremos con él, y a ustedes no se les culpará de nada.”*** Los soldados aceptaron el dinero y difundieron la historia falsa. De hecho, la Biblia señala que

esta mentira siguió circulando entre los judíos hasta el momento en que se escribieron estos relatos (**Mateo 28:15**).

“Cuando pasó el día de reposo, María Magdalena, María la madre de Jacobo, y Salomé, compraron especias aromáticas para ir a ungirle. Y muy de mañana, el primer día de la semana, vinieron al sepulcro, ya salido el sol. Pero decían entre sí: ¿Quién nos removerá la piedra de la entrada del sepulcro?

Pero cuando miraron, vieron removida la piedra, que era muy grande. Y cuando entraron en el sepulcro, vieron a un joven sentado al lado derecho, cubierto de una larga ropa blanca; y se espantaron. Mas él les dijo: No os asustéis; buscáis a Jesús nazareno, el que fue crucificado; ha resucitado, no está aquí; mirad el lugar en donde le pusieron”.

Marcos 16:1 al 6

La visita de las mujeres al sepulcro también es mencionada en los otros evangelios. Lucas es el único que detalla el tipo de especias que llevaron, mientras que Juan menciona que Nicodemo ya había utilizado especias en el cuerpo de Jesús: ***“Nicodemo, el que antes había visitado a Jesús de noche, vino trayendo un compuesto de mirra y de áloes, como cien libras”*** (Juan 19:39).

La principal razón para ungir un cuerpo con especias era controlar el olor de la descomposición. Los judíos no practicaban el embalsamamiento, por lo que las especias funerarias servían para minimizar los olores desagradables.

Recordemos que, cuando Jesús pidió retirar la piedra de la tumba de Lázaró, Marta objetó diciendo: ***“Señor, hiede ya, porque es de cuatro días.”*** (Juan 11:39).

Las especias que las mujeres llevaron a la tumba de Jesús tenían el propósito de reducir estos olores y honrar Su cuerpo. Sin embargo, esto también demuestra que ellas no esperaban Su resurrección.

Este grupo de mujeres incluía a María Magdalena, María, la madre de Jacobo, Salomé, Juana y posiblemente otras más (**Lucas 24:10**). Su principal preocupación era cómo remover la piedra que sellaba la entrada del sepulcro. Sin embargo, al llegar, quedaron sorprendidas al verla ya removida y al ver a un joven vestido con una larga túnica blanca, quien les dijo: ***“No os asustéis; buscáis a Jesús nazareno, el que fue crucificado; ha resucitado, no está aquí; mirad el lugar en donde le pusieron”*** (Marcos 16:6).

Cuando Jesús fue ungido en vida, Él dijo que el perfume debía guardarse para Su sepultura. Sin embargo, las especias que las mujeres trajeron nunca fueron necesarias, pues Él había resucitado. La Biblia no menciona qué pasó con ellas, pero es probable que se hayan guardado como un recordatorio de la victoria de Cristo sobre la muerte.

“Magdalena fue de mañana, siendo aún oscuro, al sepulcro; y vio quitada la piedra del sepulcro. Entonces corrió, y fue a Simón Pedro y al otro discípulo, aquel al que amaba Jesús, y les dijo: Se han llevado del sepulcro al

Señor, y no sabemos dónde le han puesto. Y salieron Pedro y el otro discípulo, y fueron al sepulcro. Corrían los dos juntos; pero el otro discípulo corrió más aprisa que Pedro, y llegó primero al sepulcro. Y bajándose a mirar, vio los lienzos puestos allí, pero no entró. Luego llegó Simón Pedro tras él, y entró en el sepulcro, y vio los lienzos puestos allí, y el sudario, que había estado sobre la cabeza de Jesús, no puesto con los lienzos, sino enrollado en un lugar aparte. Entonces entró también el otro discípulo, que había venido primero al sepulcro; y vio, y creyó. Porque aún no habían entendido la Escritura, que era necesario que él resucitase de los muertos”.

Juan 20:1 al 9

Al oír que la tumba estaba vacía, Pedro y Juan salieron corriendo para investigar los dichos de las mujeres. Juan, que corría más rápido que Pedro, llegó primero a la tumba. Al llegar, no se atrevió a entrar, sino que miró dentro de la tumba, sin embargo, Pedro, entró en el sepulcro y comprobó que el cuerpo de Jesús no estaba.

Ambos encontraron lo mismo: no había cuerpo de Jesús, solo las vendas funerarias. La presencia de estas vendas hace imposible que se trate de un robo de tumbas. Los ladrones no habrían perdido el tiempo desvistiendo a Jesús y mucho menos doblando las telas cuidadosamente. En cambio, habrían huido rápidamente para evitar ser atrapados, ya que el robo de tumbas era un delito muy grave.

Cabe destacar que Juan, quien fue el autor de este evangelio, nos dice que al ver las pruebas, creyó (**Juan 19:8**). Él creyó que Jesús estaba vivo en el momento en que vio la evidencia, pero añadió que, aunque él creyó, aún no comprendían las Escrituras, las cuales claramente indicaban que Jesús debía resucitar de entre los muertos.

Desde el primer período apostólico hasta hoy en día, la verdad de que la tumba de Jesús fue encontrada vacía ha sido el centro de la proclamación cristiana. Más allá del relato de los cuatro evangelistas, la pregunta clave es: ¿Podría un investigador imparcial concluir con certeza que la tumba de Jesús estaba vacía aquella mañana de Pascua?

Varios argumentos han convencido a muchos historiadores imparciales de que así fue. En primer lugar, la ubicación de la tumba de Jesús era de público conocimiento, tanto para los discípulos como para los opositores judíos. No debemos olvidar que la guardia romana no pudo impedir la intervención de los ángeles ni la salida de Jesús del sepulcro.

El registro histórico y bíblico indica que Jesús fue sepultado en la tumba de José de Arimatea, miembro del Sanedrín y una figura respetable. Si bien Jesús era de clase humilde, el profeta Isaías había escrito: ***“Y se dispuso con los impíos su sepultura, mas con los ricos fue en su muerte...”*** (Isaías 53:9).

La ubicación de la tumba de Jesús, conocida por los discípulos, las autoridades judías, las autoridades romanas y

la gente en general, habría hecho casi imposible que un grupo de seguidores robara el cuerpo para ganar notoriedad, como sugirieron los líderes judíos. Además, si algo así hubiera sucedido, las autoridades judías, con su acceso a las romanas, habrían actuado inmediatamente para recuperar el cuerpo y atrapar a los perpetradores.

Además, en los evangelios, el primer testimonio de la tumba vacía proviene del apóstol Pablo, quien, al escribir a la iglesia de Corinto en el año 55 d.C., cita una fórmula oral que, según la mayoría de los eruditos, recibió de los apóstoles Pedro y Santiago solo cinco años después de la crucifixión de Jesús (**Gálatas 1:18 y 19**).

“Porque primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; y que fue sepultado, y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras; y que apareció a Cefas, y después a los doce. Después apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales muchos viven aún, y otros ya duermen. Después apareció a Jacobo; después a todos los apóstoles; y al último de todos, como a un abortivo, me apareció a mí”.

1 Corintios 15:3 al 8

Pablo no se enfoca específicamente en la tumba vacía, pero sí menciona claramente la resurrección, no solo como una tradición oral, sino detallando que Jesús se apareció con Su cuerpo resucitado a Pedro, a los demás discípulos, a más de quinientos hermanos, muchos de los cuales aún estaban

vivos cuando Pablo escribió la carta a los Corintios. Luego menciona que se le apareció a Jacobo, a todos los apóstoles y, por último, también a él mismo. **(1 Corintios 15:5 al 8).**

Si los seguidores de Jesús hubieran querido inventar la historia de la tumba vacía, no habrían apelado al testimonio de las mujeres. En lugar de eso, habrían colocado a discípulos varones destacados como Pedro, Juan o Andrés, como los verdaderos descubridores de la tumba vacía, ya que el testimonio de los hombres habría tenido mayor credibilidad en esa época, debido a que las mujeres no eran consideradas testigos confiables por la justicia de ese tiempo.

Sin embargo, los evangelios nos informan que, mientras los discípulos varones de Jesús estaban temblando de miedo y escondiéndose de las autoridades, fueron las mujeres las primeras testigos de la tumba vacía. No habría ninguna razón para que la iglesia primitiva inventara este escenario, a menos que fuera realmente cierto.

Además, un discípulo como Juan se describió a sí mismo, junto a sus compañeros, como un grupo de hombres temerosos que se escondían de la autoridad romana, mientras que reconoció a las mujeres como testigos de la tumba vacía. Es aún más relevante que Juan mencionó a María Magdalena, quien antes había estado poseída por siete demonios, lo que la hacía un testigo aún menos confiable para muchos en esa época. Y sin embargo, esto quedó registrado de esa manera, porque así sucedieron los hechos.

Por supuesto, la verdad de la resurrección es mucho más profunda y contundente que simplemente la tumba vacía. Como hemos visto, Jesús no solo abandonó la tumba, sino que se le apareció a numerosas personas individualmente (**Lucas 24:34**), y en grupos (**Mateo 28:9; Juan 20:26 al 30; 21:1 al 14; Hechos 1:3 al 6; 1 Corintios 15:3 al 7**). Su resurrección de los muertos es la prueba más clara y contundente de que Él fue quien afirmó ser: el Cristo, nuestro Redentor.

Espiritualmente, la tumba vacía representa el poder transformador de la resurrección en nuestras vidas. En **Romanos 6:4**, Pablo escribe: ***“Por tanto, fuimos sepultados con él por el bautismo en la muerte, a fin de que, así como Cristo resucitó de entre los muertos por la gloria del Padre, también nosotros vivamos una nueva vida”*** (NVI). La tumba vacía invita a los creyentes a una nueva forma de vida, caracterizada por el mismo poder que resucitó a Jesús de entre los muertos. Esta nueva vida se caracteriza por la libertad del pecado, la morada del Espíritu Santo y la esperanza de la vida eterna.

Además, la tumba vacía es un símbolo del Nuevo Pacto establecido por la muerte y resurrección de Jesús. En la última cena, Jesús habló del nuevo pacto en Su sangre (**Lucas 22:20**). La resurrección confirmó el establecimiento de este nuevo pacto, que se basa en la gracia en lugar de la Ley, y nos proporciona acceso directo a Dios. La tumba vacía significa así, el amanecer de una nueva era en el plan redentor de Dios.

En conclusión, la tumba vacía de Jesús está llena de significado y relevancia. Históricamente, se erige como un testimonio de la realidad de la resurrección. Teológicamente, simboliza la derrota de la muerte, el cumplimiento de la profecía y la inauguración de una nueva creación. Espiritualmente, representa el poder transformador de la resurrección en la vida de quienes hemos creído, la victoria sobre el mal, el Nuevo Pacto, el llamado a la misión de predicar el evangelio, y la esperanza futura de la resurrección. La tumba vacía no es solo un espacio vacío, sino un símbolo profundo de la esperanza viva que tenemos en Jesucristo.

“No se asusten, les dijo: Ustedes buscan a Jesús el nazareno, el que fue crucificado. ¡Ha resucitado! No está aquí. Miren el lugar donde lo pusieron”.

Marcos 16:6 NVI



Capítulo tres

PRIMICIA DE LOS QUE DURMIERON

*“Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos,
ni vuestros caminos mis caminos, dijo Jehová.
Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis
caminos más altos que vuestros caminos, y mis
pensamientos más que vuestros pensamientos”.*

Isaías 55:8 y 9

Cuando las personas se preguntan si no había otra forma de consumir el plan de redención, debemos recordar que los pensamientos de Dios son más elevados que los nuestros. Hay quienes creen que Dios podría simplemente habernos perdonado y ya, pero no es así. El problema de los seres humanos no radica principalmente en nuestras acciones, sino en que estas son el resultado lógico de una naturaleza que no se soluciona solo con el perdón.

Dios creó la tierra y al hombre en perfección. Sin embargo, cuando Adán y Eva desobedecieron el mandato divino, la iniquidad entró en la humanidad, y sus obras comenzaron a ser pecaminosas. Como Juez, Dios no tenía

otra opción que impartir justicia. Un juez que perdona a los infractores sin más, no es un buen juez; no se espera que un juez sea simplemente bueno, sino que sea justo. Ciertamente, Dios es bueno, pero si no actuara con justicia, Su gobierno sería corrupto.

Pasar por alto los pecados de los hombres haría injusto al Dios Santo. La muerte es la justa consecuencia del pecado establecida por Dios: ***“Porque la paga del pecado es muerte” (Romanos 6:23)***. Incluso todas las buenas obras generadas desde una naturaleza pecaminosa no pueden, de ninguna manera, compensar la maldad ante Dios.

En comparación con la santidad divina, todas nuestras justicias son como trapos de inmundicia **(Isaías 64:6)**. Desde el pecado de Adán, cada ser humano ha sido culpable de desobedecer las leyes justas del Reino. Pablo escribió: ***“Por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23)***.

El pecado no es simplemente el resultado de nuestras acciones, sino de nuestra naturaleza. Los seres humanos no somos pecadores porque pecamos, sino que pecamos porque somos pecadores. La naturaleza precede al resultado: el pecado es nuestra condición y los pecados son su fruto lógico. Por ello, Dios tenía que resolver primero el problema de la naturaleza pecaminosa y no solo los actos de los hombres.

La muerte de Cristo no fue solo para perdonar acciones; de haber sido así, habría tenido que morir una y otra vez. Juan lo expresó con claridad: Jesús es el Cordero que quitaría el pecado del mundo (**Juan 1:29**). Y así fue. Él no vino solo a perdonar el pecado de algunos, sino a quitar el pecado del mundo.

A simple vista, podríamos pensar que el pecado no ha sido quitado, sino que ha ido en aumento. Pero no es así. La obra de Jesucristo ya ha sido realizada; es perfecta y absolutamente suficiente. Es solo cuestión de tiempo para que el mundo entero observe con asombro y con espanto Su obra de justicia.

Desde aquel glorioso día en el Calvario, la gracia del Señor ha estado obrando pacientemente en los escogidos. A pesar de tan maravillosa obra, nadie busca Su justicia ni reconoce Su inigualable amor. Muchos son llamados, pero como nadie acepta caminar hacia la luz, Él escoge a algunos de nosotros (**Mateo 22:14**).

Aunque Dios expulsó a Adán y Eva del jardín, no los dejó sin esperanza de reconciliación. Les prometió un Salvador que vencería a la serpiente (**Génesis 3:15**). Desde entonces, los hombres, al procurar comunicarse con Dios, levantaban altares o sacrificaban animales inocentes, mostrando su arrepentimiento y su fe en el futuro sacrificio de Dios, quien llevaría su castigo de manera definitiva.

Aunque muchos no lo entendieran, Dios reafirmó Su promesa del sacrificio a distintos hombres a lo largo de cientos de años. Con la encarnación de Cristo en Jesús, Dios mismo proveyó el único sacrificio capaz de expiar los pecados de la humanidad. El perfecto Hijo de Dios cumplió el requisito perfecto de la Ley perfecta de Dios. ***“Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él” (2 Corintios 5:21).***

Sin la muerte y resurrección de Jesucristo, no tendríamos ninguna posibilidad de salvación ni esperanza de vida eterna. Como dijo el apóstol Pablo: ***“Si Cristo no resucitó, esta buena noticia que anunciamos no sirve para nada, y de nada sirve tampoco que ustedes crean en Cristo” (1 Corintios 15:14).*** Jesús declaró que Él es la fuente y la esencia no solo de la resurrección, sino también de la vida eterna (**Juan 11:25**).

“Más ahora Cristo ha resucitado de los muertos; primicias de los que durmieron es hecho. Porque por cuanto la muerte entró por un hombre, también por un hombre la resurrección de los muertos. Porque así como en Adán todos mueren, también en Cristo todos serán vivificados”.

1 Corintios 15:20 al 22

En otras palabras, Jesús abrió el camino a la vida después de la muerte. La inspirada Palabra de Dios garantiza la resurrección de los creyentes cuando Jesucristo venga por segunda vez. Tal esperanza encuentra absoluta certeza a

través de Su resurrección, porque así como el resucitó, nosotros también resucitaremos.

“Tampoco queremos, hermanos, que ignoréis acerca de los que duermen, para que no os entristezcáis como los otros que no tienen esperanza.”

1 de Tesalonicenses 4:13

El apóstol Pablo dice que no debemos permanecer en ignorancia respecto a los que duermen. Esta referencia se dirige a aquellos que ya han partido, lo que no implica que estén en un estado de inconsciencia, sino que se les identifica de esa manera porque sus cuerpos aún están en las tumbas. Sin embargo, en la venida del Señor ocurrirá la primera resurrección de los muertos. Es por eso que Pablo nos exhorta a no entristecernos como aquellos que no tienen esperanza.

“Porque si creemos que Jesús murió y resucitó, así también traerá Dios con Jesús a los que durmieron en él. Por lo cual os decimos esto en palabra del Señor: que nosotros que vivimos, que habremos quedado hasta la venida del Señor, no precederemos a los que durmieron. Porque el Señor mismo, con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero”.

1 Tesalonicenses 4:14 al 16

Con la información que Dios nos ha dado para eliminar nuestra ignorancia y malentendidos sobre los muertos, podemos notar que no se menciona una supuesta vida

inmediatamente después de la muerte. Más bien, este pasaje señala claramente la resurrección como la única salida del estado de muerte, y la única manera de volver a la vida. De acuerdo con el texto anterior, los muertos en Cristo resucitarán en el día de la venida del Señor. No obstante, el mismo apóstol Pablo escribió:

“Así que vivimos confiados siempre, y sabiendo que entre tanto que estamos en el cuerpo, estamos ausentes del Señor, (porque por fe andamos, no por vista); pero confiamos, y más quisiéramos estar ausentes del cuerpo, y presentes al Señor.”

2 Corintios 5:6 al 8

La gracia del Señor, a través de la presencia y obra de Su Espíritu, es un adelanto de la gloria que nos alcanzará. Aunque Dios está aquí con nosotros por Su Espíritu, aún no estamos con Él de la manera en que esperamos estar. La fe es para este mundo, mientras que la vista real es para la eterna dimensión espiritual del Reino. Nuestro deber, y nuestra preocupación, es andar por fe hasta el día en que vivamos por la vista de la plenitud.

Esto muestra claramente la bienaventuranza que disfrutaban las almas de los creyentes cuando se ausentan del cuerpo, pues Jesús les da a conocer Su gloriosa presencia. Por eso afirmo que quienes parten de esta vida, no permanecen en un estado de inconsciencia, aunque la plenitud eterna les alcanzará con la recepción de un cuerpo glorificado.

“Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupción, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupción, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que está escrita: Sorbida es la muerte en victoria”.

1 Corintios 15:53 y 54

Pablo también escribió en su carta a los tesalonicenses que los cristianos que estemos vivos en el momento de la venida del Señor, seremos arrebatados para unirnos con aquellos que vengán con Él, encontrándonos en el aire y recibiendo todos un cuerpo glorificado para estar por siempre con el Señor.

Hasta ahora, el único que ha sido resucitado de entre los muertos en un cuerpo glorificado es Jesucristo. Sin embargo, Su resurrección no será la única para siempre, porque en el futuro será seguida, en primer lugar, por la resurrección de aquellos que le pertenecen y, posteriormente, por la resurrección de los restantes en la segunda resurrección de los muertos, para que todos comparezcan ante el juicio final.

El tiempo en que ocurrirá la primera de estas resurrecciones, es decir, la resurrección de aquellos que somos de Cristo, está definido en el momento de Su venida, tal como lo relata Pablo en **1 Tesalonicenses 4**. De ello se concluye que los muertos en Cristo serán los primeros en ser vivificados y, dado que este evento sucederá en la venida del

Señor, la cual aún es futura, aparte de Jesús, no hay muertos que actualmente tengan cuerpos glorificados.

Por supuesto, aquellos que han partido con el Señor están espiritualmente vivos, pero aún no han recibido su cuerpo de resurrección. Más bien, todos seremos vivificados en el futuro, cada uno en el orden establecido por Dios.

“Pero dirá alguno: ¿Cómo resucitarán los muertos? ¿Con qué cuerpo vendrán? Necio, lo que tú siembras no se vivifica, si no muere antes. Y lo que siembras no es el cuerpo que ha de salir, sino el grano desnudo, ya sea de trigo o de otro grano; pero Dios le da el cuerpo como él quiso, y a cada semilla su propio cuerpo. No toda carne es la misma carne, sino que una carne es la de los hombres, otra carne la de las bestias, otra la de los peces, y otra la de las aves. Y hay cuerpos celestiales, y cuerpos terrenales; pero una es la gloria de los celestiales, y otra la de los terrenales. Una es la gloria del sol, otra la gloria de la luna, y otra la gloria de las estrellas, pues una estrella es diferente de otra en gloria. Así también es la resurrección de los muertos. Se siembra en corrupción, resucitará en incorrupción. Se siembra en deshonra, resucitará en gloria; se siembra en debilidad, resucitará en poder. Se siembra cuerpo animal, resucitará cuerpo espiritual”.

1 Corintios 15:35 al 44

Pablo explica que, así como una semilla que muere, da lugar a toda una planta, también nuestro cuerpo terrenal,

aunque muera, será sucedido por otro cuerpo en la resurrección. Así como los cuerpos terrenales no son todos iguales, los cuerpos resucitados tampoco serán idénticos a los actuales. Cristo es la primicia de este glorioso diseño, razón por la cual quienes lo vieron después de Su resurrección no pudieron reconocerlo fácilmente.

Existen algunos misterios en cuanto a los cambios ocurridos en la apariencia de Jesús en Su cuerpo resucitado. Pensemos en los hombres que caminaban hacia Emaús: no sabemos si tuvieron dificultad en reconocer a Jesús debido a un cambio inherente en Su apariencia o si, por razones divinas, Dios impidió que lo identificaran de inmediato.

Sabemos también que María Magdalena tuvo problemas para reconocerlo cuando lo encontró en el jardín. Solo cuando escuchó Su voz se dio cuenta de que era el Maestro. En contraste, cuando Jesús se apareció a los discípulos en el aposento, parece que lo reconocieron de inmediato, aunque Tomás insistió en obtener más pruebas, por lo que Jesús le mostró las heridas de la crucifixión. No sabemos por qué conservó esas marcas, pero algunos especulan sobre su significado trascendental.

Todo esto confirma que el cuerpo de resurrección es diferente, aunque desconocemos en qué grado. De hecho, ni siquiera sabemos si el cuerpo con el que Jesús se apareció en el aposento alto estaba en su estado final de glorificación o si aún estaba en proceso de transformación. Recordemos Sus palabras enigmáticas a María: *“Suéltame, porque todavía no*

he subido al Padre” (Juan 20:17). Algunos sugieren que esto podría implicar un proceso de glorificación en curso, aunque, por supuesto, esta es solo una especulación de algunos eruditos.

Podemos suponer que todas nuestras facultades humanas básicas permanecerán en nuestros nuevos cuerpos: conservaremos nuestra mente, voluntad, afectos y demás atributos. Sin embargo, la diferencia fundamental será que el cuerpo resucitado no podrá corromperse ni morir. Y esa es la esperanza que debemos abrazar con gozo.

Jesús fue el primer grano sembrado en la tierra para dar mucho fruto; luego, nosotros también seremos sembrados como parte de la gran cosecha del Señor. ***“Les declaro, hermanos, que el cuerpo mortal no puede heredar el reino de Dios, ni lo corruptible puede heredar lo incorruptible” (1 Corintios 15:50, NVI).***

Solo cuando este cuerpo mortal y corruptible se revista de inmortalidad e incorrupción, la muerte será devorada por la victoria. Entonces, el cuerpo de resurrección tomará el lugar del actual cuerpo corruptible.

Jesús es el único que ha entrado en esa dimensión de vida glorificada, pues, aunque murió, no permaneció en la muerte como los demás, sino que fue resucitado al tercer día con un cuerpo espiritual e incorruptible. Por lo tanto, el cuerpo espiritual no es un concepto teórico, sino una realidad: es el cuerpo que el Señor tiene ahora mismo, estando en Su

posición celestial. Por supuesto, también tiene Su cuerpo espiritual que lo manifiesta en la tierra, que es Su Iglesia.

De todo esto, debe quedarnos claro que la muerte no es nuestro destino final. Como cristianos, nuestra mirada y nuestra esperanza, deben estar puestas en la venida del Señor Jesucristo. Si morimos antes de Su retorno, seremos resucitados; si estamos vivos, seremos arrebatados en las nubes para encontrarnos con Él en el aire, seremos transformados y descenderemos con Él para reinar sobre la tierra **(1 Tesalonicenses 4:17)**.

Por ello, como cristianos, no debemos esperar únicamente el día de nuestra muerte como un simple paso hacia la eternidad, sino anhelar con gozo el día de la venida del Señor, cuando seremos revestidos con la gloriosa vida de la resurrección.

“¿Acaso no creemos que Jesús murió y resucitó? Así también Dios resucitará con Jesús a los que han muerto en unión con Él”

1 Tesalonicenses 4:14 NVI



Capítulo cuatro

ADELANTO DE RESURRECCIÓN

“Había un hombre de los fariseos que se llamaba Nicodemo, un principal entre los judíos. Este vino a Jesús de noche, y le dijo: Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él.

Respondió Jesús y le dijo: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios. Nicodemo le dijo: ¿Cómo puede un hombre nacer siendo viejo? ¿Puede acaso entrar por segunda vez en el vientre de su madre, y nacer?

Respondió Jesús: De cierto, de cierto te digo, que el que no naciere de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios.

Lo que es nacido de la carne, carne es; y lo que es nacido del Espíritu, espíritu es. No te maravilles que te dije:

Os es necesario nacer de nuevo.

El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu”.

Juan 3:1 al 8

En este conocido pasaje, vemos a Jesús hablando con Nicodemo, quien era un maestro de la Ley perteneciente a la secta de los fariseos. Esto es trascendental, no necesariamente por su persona, sino por su vínculo con los religiosos de la época, ya que estos tenían ideas muy radicales, y seguramente Nicodemo no era la excepción.

Los fariseos eran una secta numerosa y muy respetada dentro del judaísmo. Fundamentaban su creencia en que la observancia rigurosa de la Ley era esencial para ser justos y ganarse los beneficios divinos. Sin embargo, a pesar de que pretendían cumplir la Ley, la realidad es que se encontraban con sus propias limitaciones pecaminosas, solo que procuraban esconderlas y desconocerlas públicamente. Es por esto que Jesús los llamaba hipócritas.

Además, aunque poseían un vasto conocimiento teológico, habían sustituido la Palabra de Dios por sus propias tradiciones, y se conformaban con un cumplimiento meramente externo de las demandas de la Ley. Así que, aunque la palabra “fariseo” significaba “puro” o “separado”, esta pureza era solo externa, por lo que en muchas ocasiones el Señor los acusó de exhibicionismo y de sostener una actitud de superioridad sobre los demás.

También es cierto que Nicodemo no era un fariseo cualquiera, sino una persona de gran reputación dentro del judaísmo de aquellos días. En **Juan 7:50** vemos que era miembro del Sanedrín, la corte suprema de los judíos.

Además, Jesús mismo reconoció que era un **“maestro de Israel” (Juan 3:10)**.

Ante esto, podemos decir que, si había alguien entre los judíos capaz de conocer la voluntad de Dios para la nación de Israel, era Nicodemo. Sin embargo, a través de su conversación con Jesús, vemos las limitaciones inherentes que todos los seres humanos tienen, por más estudios que posean, para comprender las verdades espirituales del Reino.

Nicodemo acudió a hablar con Jesús de noche, lo que nos permite imaginar la cantidad de prejuicios que tuvo que superar como miembro del Sanedrín, para reconocer a un galileo sin formación, en las escuelas rabínicas de Jerusalén, como un Maestro enviado de Dios y consultarle sobre temas espirituales de máxima importancia.

Su introducción fue clara cuando le dijo a Jesús: **“Nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él...”**. Es como si Nicodemo hubiera hecho una deducción lógica: las señales eran evidencia del respaldo de Dios. Y parece ser que esta conclusión era compartida por otros, puesto que dice **“sabemos”**, incluyendo quizá a otros fariseos o miembros del Sanedrín **(Juan 12:42)**.

Jesús, conociendo el corazón de Nicodemo, no solo accedió a hablar con él, sino que le impartió una enseñanza que ha trascendido los siglos. Respondiendo a la inquietud más profunda de Nicodemo, Jesús fue directamente al punto crucial para ver el Reino y entrar en él, dejándole en claro

que ninguna persona, en su estado carnal, puede entender o salvarse por sí misma, como creían los fariseos, sino que necesita una nueva naturaleza. Para Nicodemo, esto fue un impacto total.

La idea de nacer de nuevo no fue entendida por Nicodemo, porque encerraba mucho más de lo que él pensó en un principio. Por su respuesta, vemos que él solo entendió la expresión como “volver a nacer físicamente”, pero no comprendió que en las palabras de Jesús, también estaba implícita la idea de nacer con otra naturaleza. El Señor tuvo que explicarle que, aunque fuera posible que un hombre naciera de nuevo físicamente, todo acabaría siendo igual, porque la solución estaba en la vida espiritual, no en la natural.

Para un fariseo como Nicodemo, haber nacido judío era un gran privilegio, pues ellos se consideraban hijos del patriarca Abraham, lo que ante Dios significaba todo. ¿Qué más se podía añadir a esto? ¿Por qué habría de nacer otra vez? Jesús explicó la necesidad que todos los hombres, no solo Nicodemo, tienen de nacer de nuevo del agua y del Espíritu.

Ahora bien, ¿qué quiso decir con esto? Después de tantos años y de las explicaciones de Jesús, cualquiera pensaría que esta pregunta ya no es necesaria, pero increíblemente estos conceptos siguen siendo debatidos. No encontramos mayor dificultad en la expresión “nacer del Espíritu”, pero al mencionar el agua se ha generado toda una discusión.

El agua aparece en el Nuevo Testamento como símbolo de varias cosas. Por ejemplo, el apóstol Pablo se refirió al agua como un símbolo de la Palabra de Dios que nos limpia (**Efesios 5:26**). En su carta a Tito, menciona ***“el lavamiento de la regeneración y la renovación en el Espíritu Santo”*** (**Tito 3:5**). El mismo Señor la utilizó en otra ocasión como símbolo del Espíritu Santo (**Juan 7:38 y 39**). Otros consideran que el agua representa el bautismo cristiano. Pero, ¿a qué se refiere exactamente Jesús?

Al interpretar sus palabras, no debemos olvidar que fueron dirigidas a Nicodemo, por lo que debemos preguntarnos qué podía entender él, o alguien en su contexto. Por ejemplo, Nicodemo no pensaría que Jesús le estaba hablando del bautismo cristiano, puesto que este aún no existía. Quienes insisten en esta interpretación cometen un error al no considerar los tiempos bíblicos.

Otros consideran que es muy probable que Jesús se refiriera al bautismo de Juan el Bautista, especialmente porque Juan decía en su predicación: ***“El que me envió a bautizar con agua, aquel me dijo: Sobre quien veas descender el Espíritu y que permanece sobre él, ese es el que bautiza con el Espíritu Santo”*** (**Juan 1:33**). Nicodemo, como un principal entre los judíos, conocía bien el ministerio de Juan el Bautista. Y, seguramente, como fariseo, había sido uno de los que rechazaron ser bautizados por él (**Lucas 7:30**).

Pero, ¿por qué rechazaron el bautismo de Juan los fariseos? Básicamente, porque el bautismo de Juan iba

acompañado de un llamado al arrepentimiento genuino, y ellos creían que ser descendientes de Abraham era suficiente para estar en orden ante la venida del Mesías (**Mateo 3:7 al 9**). Se consideraban justos y, por eso, no quisieron participar en un bautismo que implicaba reconocer que no lo eran. Prefirieron pensar que, por ser hijos de Abraham, ya estaban dentro del Reino de Dios.

Por esta razón, muchos suponen que el Señor confrontó a Nicodemo, con la necesidad de cambiar el concepto que tenía de sí mismo como fariseo, y aceptara el diagnóstico divino: “él era un hombre pecador que necesitaba la gracia de un nuevo nacimiento para poder siquiera ver el Reino”.

Sin embargo, es evidente que Jesús no pudo haber hecho referencia a Juan, porque Juan bautizó y predicó como una voz enviada por el Padre para preparar el camino al Hijo. Y el Hijo, quien fue presentado como el Cordero que quita el pecado del mundo, ya estaba ejerciendo Su ministerio público. Por lo tanto, queda claro que Jesús no estaba enviando a Nicodemo a bautizarse con Juan. Tampoco hubo una demanda de Dios para que los discípulos de Juan continuaran bautizando gente.

Lo que sí es claro es que Jesús estaba hablando con Nicodemo acerca de la regeneración. Solo el Espíritu de Dios puede operar en el hombre este cambio radical que nos convierte en hijos de Dios. ***“Más a todos los que le recibieron, a los que creen en su nombre, les dio potestad***

de ser hechos hijos de Dios; los cuales no son engendrados de sangre, ni de voluntad de carne, ni de voluntad de varón, sino de Dios” (Juan 1:12 y 13).

El nuevo nacimiento no es provocado por una decisión humana, sino por una obra soberana de Dios. Los hombres no podemos elegir nacer por segunda vez, del mismo modo que un bebé no puede elegir nacer, ni cuándo, ni de quién, ni cómo; simplemente nace. ***“Él, de su voluntad, nos hizo nacer por la palabra de verdad, para que seamos primicias de sus criaturas” (Santiago 1:18). “Siendo renacidos, no de simiente corruptible, sino de incorruptible, por la palabra de Dios que vive y permanece para siempre” (1 Pedro 1:23).*** Notemos que es Él quien, por Su voluntad, nos hace nacer, y que esta nueva vida proviene de Su simiente, que es Su Palabra.

Este nuevo nacimiento es un adelanto de la vida de resurrección, porque la vida recibida en Cristo es eterna e incorruptible. Este nacimiento se produce en nuestro espíritu humano, el cual es vivificado por la llegada del Espíritu Santo. Espiritualmente, no solo estábamos cautivos, sino sin vida, pues Cristo es la única vida. Por eso Pablo escribió: ***“Él os dio vida a vosotros, cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados” (Efesios 2:1).*** Asimismo, Juan explicó con claridad: ***“El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida” (1 Juan 5:12).***

Nosotros no teníamos al Hijo, por tal motivo, estábamos muertos espiritualmente y desconectados de toda

comuni3n con el Padre. Nuestra vida de pecado produjo una ineludible separaci3n con Dios (**Isaías 59:2**).

Nuestra alma estaba cautiva de las tinieblas, y no nace de nuevo con la llegada de Cristo, sino que entra en un proceso de redenci3n. Dios comienza a trabajar desde la obra consumada en la cruz, pero con el poder del Espíritu Santo activo en nuestras vidas. Él empieza a vivificar Su Palabra, dándonos a conocer la verdad, y la verdad nos va haciendo libres de nosotros mismos (**Juan 8:32**).

Nuestra carne es carne de muerte, no nace de nuevo, ni es liberada definitivamente de su condici3n. Nuestra carne solo est3 destinada a morir y alcanzar corrupci3n. Solo en el día de la resurrecci3n de los muertos, en la venida del Señor, recibiremos un cuerpo inmortal: ***“Porque es necesario que esto corruptible se vista de incorrupci3n, y esto mortal se vista de inmortalidad. Y cuando esto corruptible se haya vestido de incorrupci3n, y esto mortal se haya vestido de inmortalidad, entonces se cumplirá la palabra que est3 escrita: Sorbida es la muerte en victoria. ¿D3nde est3, oh muerte, tu aguij3n? ¿D3nde, oh sepulcro, tu victoria?”*** (1 Corintios 15:53 al 55).

Lo que deseo dejar claro en esta parte es que nuestro espíritu es eterno y es el adelanto de la resurrecci3n de vida en Cristo. Nuestra alma entra en un proceso de salvaci3n, y nuestro cuerpo morirá, dando paso a un cuerpo eterno. Esta vida espiritual que ya tenemos no necesita ser liberada, sino que entra en un proceso de madurez y gobierno. Esa madurez

nos puede llevar a una plenitud de vida interior extraordinaria. Aun teniendo un cuerpo de muerte, nuestro ser interior puede avanzar hacia una plena comunión con el Señor y saborear el triunfo de Cristo, más allá de las hostilidades del sistema y de la vida terrenal.

Nicodemo era un maestro en las Escrituras, pero no tenía el órgano de la revelación, que es la vida espiritual. Hasta el momento en que visitó a Jesucristo, todo lo que había necesitado para adquirir los derechos del judaísmo era haber nacido de la descendencia de Abraham. Pero para gozar de los privilegios del Reino, Jesús le estaba enseñando que le sería necesario nacer nuevamente del Espíritu.

Debemos ser claros en esto: no se logra con elección, ni con voluntarismo humano. Ni siquiera el mejor de los hombres está a la altura de los elevados niveles de santidad del Reino de Dios; nadie es digno, excepto Jesucristo. Solo por medio de una nueva vida, no semejante al alma viviente, sino al espíritu vivificante, podemos recibir entrada al Reino de nuestro Padre.

Cuando Jesús le dice que lo nacido de la carne solo es carne, le está aclarando que la naturaleza carnal solo puede producir algo semejante a ella. La conclusión inevitable es que, desde Adán, todos, sin excepción alguna, hemos heredado esta naturaleza caída, y no hay forma de ver sin vida espiritual, ni hay forma de vivir bajo el gobierno del Padre sin fallar una y otra vez.

Con esto, el Señor estaba explicando a Nicodemo que, aunque alguien, absurdamente, pudiera volver a entrar en el vientre de su madre y nacer, no podría solucionar nada, porque seguiría heredando la misma naturaleza pecaminosa que proviene de la carne. Tal vez una segunda oportunidad serviría a algunos para evitar ciertos fracasos anteriores, pero no cambiaría esencialmente su naturaleza.

Hay una película de ciencia ficción protagonizada por Tom Cruise, titulada: “Al filo del mañana”, en la cual el actor encarna el papel de un soldado que debe pelear en el futuro contra fuerzas alienígenas. La característica del personaje es que se ve obligado a revivir una y otra vez el día de su muerte, porque queda atrapado en un bucle temporal en el cual muere y vuelve a vivir a partir de un momento determinado.

El soldado es asesinado en batalla, pero en cada vida va comprendiendo sus errores y se va haciendo más fuerte, porque aprende a sortear las artimañas del enemigo. Si los seres humanos, al igual que este personaje ficticio, tuviéramos la oportunidad de morir y volver un tiempo atrás, una y otra vez, podríamos enmendar errores y corregir conductas, pero no podríamos dejar de cometer nuevos errores. Al final, terminaríamos muriendo en el campo de batalla, porque no hay posibilidad de triunfo para la vieja naturaleza.

Cuando invertimos todo nuestro esfuerzo en nuestra vida natural, podemos alcanzar algunos logros, formar una familia, tener amigos, lograr una profesión, hacer buenos

negocios y disfrutar ciertos placeres, pero la vida igualmente estará plagada de sinsabores. Nada puede darnos verdadera plenitud, y nada puede perdurar por siempre.

Si tenemos una familia, podemos disfrutarla, pero también viviremos la pérdida de nuestros seres queridos. Podemos tener amigos, pero de la misma manera, un día se irán, o nos iremos nosotros de esta vida. Podemos estudiar o generar recursos, pero igualmente eso no nos dará seguridad; sufriremos pérdidas, temores y falsas inversiones de tiempo y salud. Podemos disfrutar placeres, pero la plenitud de la juventud se va rápidamente, como neblina de la mañana, y al final llega la vejez, la enfermedad y la muerte.

Con esto no estoy diciendo que la vida natural no importa, ni que no debemos trabajar por alcanzar logros, dejar un legado o disfrutar momentos. Solo estoy diciendo que la única esperanza está en el poder de la resurrección; todo lo demás es pasajero y fugaz.

Todos los hijos de Dios tenemos la esperanza de recibir un cuerpo de resurrección, pero hoy por hoy, podemos vivir en las dimensiones del adelanto espiritual. La Palabra del Señor nos enseña que el Espíritu Santo, con el cual fuimos sellados, es las arras de nuestra herencia (**Efesios 1:13 y 14**). Imaginemos que si las arras son el Espíritu Santo, ¿cómo será el resto de lo por venir?

La palabra griega traducida como “*arras*” en el versículo **14** también significa anticipo, garantía, muestra que

garantiza el pago completo, un pago parcial dado por adelantado. Debido a que Dios es nuestra herencia, el Espíritu Santo es las arras de esta herencia y es dado a nosotros.

En los tiempos antiguos, la palabra griega que se traduce como “arras” se usaba en la compra de tierras. El vendedor daba al comprador una porción del suelo como muestra. Por lo tanto, según el griego antiguo, las arras también son una muestra. El Espíritu Santo es la muestra de lo que vamos a heredar de Dios en plenitud.

Hoy por hoy, el Espíritu no solo nos unge y nos sella con Su presencia, sino que también es el adelanto permanente, lo cual indica que Dios nos añade continuamente de Su potencial. Esto no se lleva a cabo de una vez y para siempre, sino día tras día, e incluso hora tras hora. Eso es lo que podemos llamar el adelanto de resurrección, porque esa sumministrazione es hacia la nueva vida que hemos recibido en el espíritu.

Es muy importante que consideremos esta realidad presente, porque algunos enseñan como si la vida de resurrección solo llegará a través del cuerpo de resurrección, pero la verdad es que ya hemos recibido el adelanto a través de la regeneración, y toda expresión de la nueva vida espiritual es una manifestación del poder de la resurrección.

Algunos hermanos, tristemente, están siendo guiados hacia un mayor conocimiento teológico, como si la vida de

Dios estuviera en ese conocimiento. Pero al final, terminan asumiendo acciones impuestas en la búsqueda de la voluntad de Dios, pero dejan de funcionar en dirección a la vida de resurrección.

No estoy sugiriendo que el estudio de las Escrituras sea malo; pensar eso sería un absurdo. No estoy sugiriendo que las obras de servicio no sean necesarias. Es hermoso poder servir a Dios y comprometernos con la comunidad del Reino. Lo que digo es que muchos hermanos se desenfocan de lo más importante, que es la vida de resurrección en la comunión del Espíritu Santo.

Vivir en Cristo y la vida de Cristo en nosotros, es lo más importante para todo hijo de Dios. Todo lo demás que podamos hacer debe surgir de esta nueva vida, y no desde nuestra vieja naturaleza. Es cierto que aún debemos expresarnos a través de nuestro cuerpo de muerte, pero la fuente de nuestra expresión, debe ser la nueva vida en la comunión con el Espíritu de Dios.

Nicodemo habló con Jesús y recibió una extraordinaria enseñanza, pero no pudo recibir la vida nueva para ver el Reino ni para entrar en el Reino, porque aún no había llegado el momento de esa impartición. Jesús todavía no había realizado los trámites en la cruz del Calvario, pero a través de esa gloriosa enseñanza, todos los hijos de Dios podemos comprender lo que implica la regeneración.

No somos cristianos ni entramos al Reino por aceptación, sino por regeneración, lo cual va más allá de nuestras intenciones. Si deseamos el incremento del adelanto espiritual, debemos comprender cómo comenzó todo, y saber que hasta el final, se desarrollará de la misma forma: es decir, a través de la gracia divina.

Muchos piensan que el hombre no es tan malo, ni su estado es tan grave, y por lo tanto, creen que, mediante ciertas reformas religiosas en sus vidas, un poco más de disciplina y ciertas dosis de buena educación, el hombre puede llegar a estar a la altura de las demandas del Reino, pero simplemente se engañan. Nicodemo, a pesar de su religiosidad y moralidad, también tenía que comprender la total incapacidad de la naturaleza humana para remediar su propia condición caída.

Con Su enseñanza, el Señor dejaba en claro que Él no había venido a poner remiendos nuevos en paños viejos, sino a impartirnos una vida nueva, una vida de resurrección. Su obra no se basó en algunos cambios superficiales, sino en realizar un intercambio de vida, a través del cual nos otorga una nueva mente, un nuevo corazón y todo el potencial del Espíritu Santo.

Con Su enseñanza, Jesús estaba rompiendo la esencia misma de la religión. Tal vez por eso, también le dijo a Nicodemo: ***“No te maravilles de que te dije: Os es necesario nacer de nuevo”***. La pregunta sería: ¿Cómo no maravillarse ante este diseño, si le acababa de dar vuelta todos sus

conceptos religiosos? Nicodemo pensaba en el Reino como un derecho de los judíos a la restauración de Israel, y ahora estaba recibiendo conceptos espirituales más elevados que las intenciones de su religión.

La nueva vida recibida en Cristo no puede ser recibida ni impulsada por ninguna religión. Es el resultado de la gracia, es la regeneración, es el adelanto, es el poder de la resurrección que opera en el cuerpo de Cristo.

“Porque el mismo Dios que dijo: De las tinieblas resplandecerá la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo. Pero tenemos este tesoro en vasos de barro, para que la excelencia del poder sea de Dios, y no de nosotros”

2 Corintios 4:6 y 7



Capítulo cinco

VIENTOS DE RESURRECCIÓN

“El viento sopla de donde quiere, y oyes su sonido; mas ni sabes de dónde viene, ni a dónde va; así es todo aquel que es nacido del Espíritu”.

Juan 3:8

Jesús le dijo a Nicodemo que no se maravillara por lo que le estaba enseñando. Esto nos permite suponer que el maestro religioso debió haber mostrado expresiones de gran asombro ante todo lo que estaba escuchando. Por Su parte, Jesús reforzó Su enseñanza ilustrando la obra del Espíritu con el movimiento del viento.

Lo que le estaba diciendo era que, así como el viento encierra grandes misterios para la razón humana, así también son los movimientos del Espíritu Santo. Todo lo que no puede ser captado por nuestros ojos naturales, encierra un misterio para la razón, pues no podemos explicarlo, predecirlo ni controlarlo.

Por otra parte, es evidente que el viento es gobernado por Dios y no por los hombres. De la misma manera, la nueva vida en Cristo es capaz de ser gobernada por Dios, lo cual es sumamente trascendental, pues la vieja naturaleza pecaminosa se rebela continuamente contra la voluntad divina. Pablo escribió: ***“Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden...”*** (Romanos 8:7).

Nicodemo, debido a su fe, estaba convencido de que los hombres podían guardar la Ley de manera efectiva, y ser justos delante de Dios. Sin embargo, ahora se encontraba confrontado por un nuevo concepto. Tal vez por eso le preguntó a Jesús: ***“¿Cómo puede hacerse esto?”*** Sin duda, estaba luchando por entender lo que Jesús le estaba diciendo.

Por su parte, Jesús le dejó en claro que ser maestro de la Ley no lo había capacitado para comprender los misterios del Reino, lo cual representaba un desafío para el prestigio fariseo de Nicodemo. De alguna manera, Jesús estaba confirmando Su exhortación respecto a la ceguera de los religiosos. Él les había llamado ciegos y guías de ciegos **(Mateo 15:14)**.

Los religiosos podían ver el efecto del viento, pero no el viento mismo. Por eso Nicodemo le dijo a Jesús: ***“Rabí, sabemos que has venido de Dios como maestro; porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, si no está Dios con él”*** (Juan 3:2). Ellos veían las señales, pero no percibían el viento que las producía. Eran ciegos que solo

podían analizar lo tangible, pero no comprendían la verdad espiritual que operaba en Jesús.

“De cierto, de cierto te digo, que lo que sabemos hablamos, y lo que hemos visto, testificamos; y no recibís nuestro testimonio. Si os he dicho cosas terrenales, y no creéis, ¿cómo creeréis si os dijere las celestiales?”

Juan 3:11 y 12

Ante la incredulidad de Nicodemo, Jesús le afirmó que las verdades que intentaba hacerle comprender no eran el resultado de suposiciones o especulaciones, sino que provenían de su estrecha comunión con el Padre (**Juan 5:20**). Si Nicodemo, al igual que los religiosos de su época, viendo a Jesús no podía recibir Su testimonio, ¿cómo podría acceder a las verdades espirituales del Reino?

Jesús era la imagen del Dios invisible (**Colosenses 1:15**), era Dios hecho carne (**Juan 1:14**), pero aun así, viéndolo, tocándolo y escuchándolo, no accedieron a la verdad. Jesús les decía: ***“Si no pueden creer en lo que ven, ¿cómo creerán en lo que no pueden ver?”***.

El testimonio de Jesús tenía un valor especial porque se comunicaba como hombre, siendo el Dios encarnado. No les estaba dando una simple clase de teología, sino que les estaba mostrando el Reino a través del poder que operaba en su vida. Por eso mismo, Él marcó su diferencia con los maestros judíos, diciéndoles: ***“Yo hablo lo que he visto cerca del Padre; y vosotros hacéis lo que habéis oído cerca de***

vuestro padre” (Juan 8:38). Jesús no estaba debatiendo interpretaciones bíblicas, sino que les estaba mostrando la verdad del Reino, y ellos no podían verla.

El problema no era que los maestros de la Ley fueran incultos o ignorantes; por el contrario, eran la clase más intelectual de la nación. Sin embargo, el gran problema de la naturaleza pecaminosa es que no tiene la capacidad de percibir la dimensión espiritual. Las prácticas religiosas pueden hacer creer que sí, pero solo la vida de resurrección otorga la capacidad de ver y entender el Reino de Dios. Es decir, la revelación o iluminación espiritual, como algunos prefieren llamarla, es el resultado del suministro del Espíritu Santo en comunión con nuestro espíritu renacido.

La palabra “revelación” proviene del latín “*revelatio onis*”, que significa revelar, descubrir o destapar. Su etimología también se encuentra en el término griego “*apokálypsis*”, que significa revelación, es decir, “quitar el velo” o mostrar lo oculto detrás del telón. La revelación divina consiste en hacer visible lo que estaba oculto mediante la comunicación activa con Dios, y esto no puede lograrse por simples voluntades humanas.

El Espíritu Santo es Dios y habita en nosotros para guiarnos a toda verdad y hacernos conocer la voluntad del Padre, incluso advirtiéndonos de las cosas que han de venir (**Juan 16:13**). Los religiosos, como Nicodemo, podían conocer muy bien las Escrituras, pero no tenían revelación de ellas. Por eso, cuando Jesús visitó la sinagoga y se dio a

conocer como el Mesías, lo único que hicieron los religiosos fue llevarlo a una montaña con la intención de matarlo. La vieja naturaleza es enemiga de la gracia y no puede comprender los diseños espirituales.

La iluminación divina es la obra del Espíritu Santo sobre la mente del ser humano, capacitándolo para entender correctamente la Palabra de Dios revelada en la Biblia. Es un acto divino mediante el cual Dios nos habilita para comprender su perfecta voluntad. En el sentido espiritual, la iluminación es “prender la luz del entendimiento en algún área”, deshaciendo la obra del diablo, quien ciega el entendimiento de las personas para que no resplandezca en sus vidas la luz de Dios (**2 Corintios 4:4**).

El nivel más básico de iluminación es el conocimiento del pecado. Sin ese conocimiento, todo lo demás resulta inútil. En este sentido, el **Salmo 18:28** dice: ***“Tú encenderás mi lámpara; Jehová mi Dios alumbrará mis tinieblas”***. El **Salmo 119**, el capítulo más largo de la Biblia, es un cántico acerca de la Palabra de Dios. En el verso **130** declara: ***“La exposición de tus palabras alumbrá; hace entender a los simples”***. Ahora bien, si Nicodemo era maestro de la Palabra y no podía comprender lo que Jesús decía, es porque la luz que permite discernir las profundidades de las Escrituras solo se pueden activar de manera espiritual.

En nuestro caso, antes de conocer a Dios, nuestro entendimiento estaba cegado, pero la regeneración y la vida del Espíritu Santo hicieron que las Escrituras cobraran vida y

pudiéramos entender el evangelio. Desde entonces, bajo la misma dinámica, recibimos entendimiento no solo de lo que está escrito, sino también de todo lo que Dios nos quiere enseñar de manera personal.

El único que puede darnos una revelación es Dios. Ningún ser humano, por sí mismo, puede otorgarnos revelación o iluminación. Sin embargo, quienes hemos recibido la nueva vida en Cristo tenemos el derecho legal a la revelación. La nueva vida es Cristo, el Nuevo Pacto es Cristo y la verdad es Cristo. Por eso, la resurrección nos otorga Su luz.

Nicodemo tenía tablas de piedra y mucho conocimiento, pero no tenía vida espiritual. Esto no ha cambiado en nuestros tiempos. Hoy en día, hay muchos hermanos que acumulan versiones bíblicas y distintos estudios, pero han perdido lo más importante: una profunda comunión con el Espíritu Santo. Cuando esto ocurre, incluso entre verdaderos creyentes, se pierde la capacidad de recibir revelación. Solo se llenan de información, pero no pueden comprender la voluntad de Dios.

Dios es la revelación, no la Biblia. Él puede revelarse a través de las Escrituras, pero no hay nuevas revelaciones, sino nuevas porciones de Dios impartidas mediante el poder de la resurrección. La Palabra, por sí sola, no nos vivifica; es el Espíritu Santo quien la vivifica para otorgarnos revelación de los principios del Reino.

Por esta razón, el Señor demanda la fe como medio de gestión. La fe no solo nos lleva a esperar que Dios haga lo que nadie más puede hacer, sino que también nos impulsa a actuar conforme a Su voluntad para provocar lo que anhelamos que acontezca. La fe es la legalidad del Reino y solo puede ser expresada correctamente a través de la vida de resurrección.

En el Antiguo Testamento encontramos varios ejemplos de fe, los cuales son válidos para comprender cómo interpretar y gestionar la voluntad de Dios en la tierra. Sin embargo, en el Nuevo Pacto, es la fe del Hijo la que recibimos del Espíritu Santo. No deberíamos compararla con la fe expresada por personas que aún no habían renacido; más bien, debemos entender que si ellos lograron hacer grandes proezas, nosotros no tenemos excusa.

Lo que en el pasado operaba externamente, hoy ha sido trasladado a dimensiones espirituales. Nicodemo, al igual que los religiosos de la época de Jesús, veía el reino de Israel, el templo y las promesas de manera externa. Sin embargo, Jesús señaló que su Reino no era de este mundo (**Juan 18:36**) y que solo aquellos que recibieran una vida nueva podrían verlo, porque lo espiritual solo puede ser discernido espiritualmente (**1 Corintios 2:14**).

Dios habló a los hombres a través del Cristo encarnado y sigue haciéndolo porque desea que los seres humanos puedan comprenderlo. La carta a los Hebreos comienza diciendo: *“Muchas veces y de muchas maneras habló Dios*

en el pasado a nuestros padres por medio de los profetas; en estos últimos tiempos nos ha hablado por medio del Hijo” (Hebreos 1:1 y 2). Esto deja claro que la capacidad de entendimiento no proviene del hombre, sino de la gracia soberana de Dios.

Las palabras del autor de la carta a los Hebreos, revelan que la relación entre Dios y los hombres es un diálogo que ha alcanzado su punto culminante en Jesús. Esta comunicación se mantiene en el Nuevo Pacto mediante nuestra unión con Él, y el hecho de ser Su cuerpo en la tierra. Ahora, Dios nos habla desde, y hacia lo más profundo de Su propio ser. Nos habla desde el corazón del Padre por medio del Espíritu Santo: ***“Pero Dios nos las reveló a nosotros por el Espíritu; porque el Espíritu todo lo escudriña, aun lo profundo de Dios” (1 Corintios 2:10).***

El problema de Nicodemo era que si consideraba increíbles las cosas que ocurrían en su propio contexto, con mayor facilidad rechazaría aquellas relacionadas con el plan eterno de Dios para la redención de la humanidad. Una vez más, se hace evidente que la mayor dificultad para avanzar en el conocimiento de Dios, no radica en la mente, sino en el corazón de las personas. Aun así, Jesús le compartió un misterio extraordinario:

“Nadie subió al cielo, sino el que descendió del cielo; el Hijo del Hombre, que está en el cielo”

Juan 3:13

Estas palabras encierran una verdad profunda que nosotros también debemos interpretar correctamente. Jesús estaba diciendo que hasta ese momento, nadie había subido al cielo en busca de una revelación, sino que Él mismo estaba trayendo luz. Es decir, la iniciativa de la reconciliación entre Dios y los hombres es descendente; no hay nada ascendente que podamos hacer por nosotros mismos.

Jesús le estaba diciendo que hasta ese momento, nadie había podido llegar al Padre por sus propias obras de justicia ni convertirse en una fuente de revelación para el pueblo. Ningún hombre había subido al cielo para traer verdades celestiales. Solo después de la muerte, resurrección y ascensión de Jesucristo, hombres como Pablo, pudieron visitar espiritualmente las regiones celestiales. Hasta el momento, era Dios el que había descendido en Cristo para comunicarles los principios del Reino.

Jesús declaró: ***“Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí” (Juan 14:6).*** Su encarnación trajo a Dios a los hombres, y su obra en la cruz, su resurrección y su ascensión llevaron a los hombres a Dios. Lo impactante de Sus palabras es que, más allá de Su encarnación, Jesús afirmaba que estaba presente, pero a la misma vez permanecía en el cielo.

Aquí surge una pregunta clave: ¿Cómo puede ser esto posible? Que nadie haya subido al cielo es un hecho claro. Que Jesús haya descendido del cielo también lo es. Pero afirmar que, mientras hablaba con Nicodemo, seguía estando

en el cielo, representaba un nuevo nivel de revelación. Con estas palabras, Jesús estaba declarando Su Deidad y Su unicidad con el Padre.

Este principio es fundamental para nosotros hoy. La realidad del momento superó a Nicodemo, porque escuchaba verdades que aún no podía vivir. Sin embargo, nosotros que por la gracia hemos entrado en el Nuevo Pacto, debemos comprender que Cristo sigue estando en la tierra y, al mismo tiempo, puede permanecer en el cielo.

Jesús era el cuerpo de Cristo en la tierra, pero su unicidad con el Padre lo posicionaba en el cielo. Hoy, nosotros somos el cuerpo de Cristo en la tierra, y nuestra comunión con Él nos posiciona en lugares celestiales. Él está en nosotros y nosotros en Él. Él nos representa en el cielo y nosotros lo representamos en la tierra.

“Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado...”

Juan 3:14

En un punto de la conversación, Nicodemo dejó de hacer preguntas y simplemente escuchó a Jesús. Esto le permitió al Señor completar Su enseñanza y explicarle con precisión cuál debía ser el verdadero objeto de la fe. No podía ser otro que Él mismo, el Mesías, quien habría de llevar a cabo la obra redentora en la cruz del Calvario.

Era crucial aclarar este punto, porque tanto Nicodemo como muchos otros de su tiempo estaban asombrados por los milagros de Jesús, pero solo se enfocaban en las señales y demandaban más de ellas, mientras desestimaban Su persona, que era lo más importante.

La serpiente levantada por Moisés en el desierto fue un diseño dado por Dios para salvar a los hebreos de las serpientes ardientes. En **Números 21:4 al 9**, vemos cómo las serpientes mordían mortalmente al pueblo como juicio por su pecado. Sin embargo, en un momento determinado, los israelitas se arrepintieron, reconocieron su pecado y rogaron por perdón.

Entonces, Dios ordenó a Moisés hacer una serpiente de bronce y colocarla sobre un asta, de modo que cualquier hebreo mordido pudiera mirarla y recibir sanidad inmediata. De la misma manera, así como la serpiente de bronce sobre el asta, fue un medio de salvación para quienes tenían heridas mortales, Cristo sería levantado en una cruz a la vista de todos, poniendo la vida eterna al alcance de toda la humanidad herida de muerte por el pecado.

Este pasaje también tiene otro elemento importante en el que debemos reflexionar. Los israelitas debían mirar a la serpiente para ser librados de la muerte, causada por las mordeduras venenosas. Resulta significativo que Dios usara precisamente como medio de salvación aquello que representaba la causa de su sufrimiento. En este detalle encontramos un paralelismo profundo, pues para que el

hombre sea librado de la muerte causada por su naturaleza caída, debe mirar a un hombre levantado en una cruz. El apóstol Pablo lo explicó con estas palabras: ***“Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne” (Romanos 8:3).***

Jesús le dijo a Nicodemo que hay dos cosas absolutamente necesarias: en primer lugar, nacer de nuevo; en segundo lugar, que el Hijo del Hombre sea levantado, y curiosamente, ambas son el resultado de la gracia divina. Algunos enseñan que los hombres pueden generar el nuevo nacimiento por su propia elección, pero esto es un absurdo. No se necesita ser un genio para comprender que nadie puede nacer por voluntad propia.

Dios es quien nos escogió (**Efesios 1:4, Juan 15:16, Colosenses 3:12**), y quien nos dio vida cuando estábamos muertos en delitos y pecados (**Efesios 2:5**). Si deseamos comprender el poder de la resurrección, debemos observar la gracia, porque esta es su esencia y la base de su permanente manifestación.

Jesús no llegó a la cruz por un impulso repentino ni porque algo saliera mal en Su misión. Todo lo contrario. Tanto lo que debía hacer como la hora en que debía hacerlo habían sido determinados desde antes de la fundación del mundo (**1 Pedro 1:18 al 20**). Por eso dijo: ***“Así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado...”*** (**Juan 3:14**). Luego añadió: ***“Para que todo aquel que en él cree, no se pierda, más tenga vida eterna”*** (**Juan 3:15**).

Si hay algo que los seres humanos pueden hacer para acceder a la vida eterna, es creer. Sin embargo, el problema es que la fe natural del hombre, la fe del alma, proviene de su naturaleza pecaminosa y no le permite alcanzar la gracia. Es la gracia la que nos permite acceder a la fe espiritual por medio de la cual podemos creer.

La obra de Cristo fue extraordinaria y su amor infinitamente glorioso. Su entrega fue total; no dejó nada por demostrar. Pero aun así, nadie lo ha aceptado, nadie lo ha elegido, nadie lo ha buscado por sí mismo **(Romanos 3:11)**. Aquí radica la gran trascendencia de la gracia.

Los seres humanos en estado natural no vemos, no entendemos y no sabemos nada de Dios. La gracia soberana es la que nos otorga la vida espiritual, la luz verdadera, y todo el potencial del Espíritu. A partir de la gracia, recibimos la vida de resurrección, entonces podemos ver la exaltación del Hijo de Dios, podemos ver el Reino, vivir en el Reino y caminar en la verdad.

“Recuerden muy bien esto, pues, de otro modo, si fijan demasiado sus mentes en la fe, que es el canal de la salvación, al punto de olvidar a la gracia, que es la fuente y el origen mismo de la propia fe, podrían caer en el error.

La fe es la obra de la gracia de Dios en nosotros”.

Charles Spurgeon

“Llama a la fe una gracia porque viene a nosotros como un regalo de Dios; algo que no podemos comprar, obtener o

merecer de alguna manera. La definición usual que tenemos en teología para gracia es “favor inmerecido de Dios”. Así que la fe es la manifestación de la gracia de Dios. En pocas palabras, aquellos que son salvos son habilitados o capacitados para creer con el fin de la salvación de sus almas. La fe no es vista como un logro del espíritu humano. De hecho, la fe no es algo ejercido de manera natural por un ser humano caído”.

Dr. R.C. Sproul



Capítulo seis

LA CRUZ Y LA RESURRECCIÓN

“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, más vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí. No desecho la gracia de Dios; pues si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo”.

Gálatas 2:20 y 21

Todos los hijos de Dios reconocemos la verdad eterna de la cruz y agradecemos, una y otra vez, que Jesús haya sido el único sacrificio verdadero por nuestros pecados. Sabemos que Él murió por nosotros y le adoramos por ello, pero, en términos generales, nos cuesta comprender estas palabras de Pablo dirigidas a los hermanos de Galacia.

Pablo no dijo que solo Jesús había sido crucificado, sino que él mismo estaba crucificado en Cristo. Todos podemos decir un rotundo ¡Amén! a esto, pero creo que Pablo nos estaba dando una plataforma para la revelación. No creo que este pasaje proponga simplemente un acuerdo, sino

que abre un sendero de luz para enseñarnos la verdad de la cruz.

Pablo había sido un perseguidor de la Iglesia, pero, tras su encuentro con Dios camino a Damasco, todo cambió por completo. Su vida, absolutamente consagrada a la causa del Reino y marcada por el sufrimiento, le permitió experimentar los procesos de la cruz, hasta llegar a declarar que estaba cumpliendo en su carne, lo que faltaba de las aflicciones de Cristo por Su cuerpo **(Colosenses 1:24)**.

En algún momento, Pablo permaneció el tiempo suficiente al pie de la cruz, como para comenzar a experimentar dentro de sí mismo el dolor, y la agonía que sintió Cristo por Su Iglesia. Conoció la gracia como pocos y comprendió que no era digno de tanto amor, pero en lugar de rechazarlo, se abandonó por completo en los brazos de la voluntad divina.

Si leemos atentamente sus escritos, descubriremos que Pablo había internalizado la experiencia de la muerte y la resurrección de Cristo. Como resultado, sabía que jamás volvería a ser el mismo y que su vida no tenía otro valor más allá de la misión que debía cumplir antes de su muerte, por eso escribió lo siguiente:

“Porque para mí el vivir es Cristo, y el morir es ganancia. Más si el vivir en la carne resulta para mí en beneficio de la obra, no sé entonces qué escoger. Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y

estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor; pero quedar en la carne es más necesario por causa de vosotros”.

Filipenses 1:21 al 24

La muerte de Cristo hizo que, en su revelación, Pablo muriera antes que su propio cuerpo. Él murió a sus intereses personales, experimentó el abandono y la abnegación por la causa del Reino. Llegó a comprender las profundidades de lo que sus pecados le habían hecho al Señor, y en su espíritu logró viajar al Calvario y morir en esa cruz.

Las revelaciones recibidas y los sufrimientos que experimentó, le brindaron el tiempo suficiente en la cruz, como para comprender aquel suceso de una manera única. Lo que para él era una verdad eterna, se convirtió en una realidad presente, que lo acompañó hasta el final de sus días.

Conocemos el versículo de **Gálatas 2:20**, pero, en realidad, ¿es una experiencia para nosotros estar juntamente crucificados en Cristo? ¿En verdad podemos decir que ya no vivimos nosotros, sino que Cristo vive en nosotros? Responder a esto es clave, porque en esa dimensión se encuentra el poder de la resurrección.

Hemos repasado detalles de la muerte y resurrección de Jesús, hemos escudriñado sobre la nueva vida de resurrección, y nos hemos asomado a la experiencia de Pablo. Hemos considerado con esperanza lo que vendrá en la resurrección de los muertos, pero: ¿estamos experimentando

anticipadamente por revelación, el poder de la resurrección? Si es así: ¿Cuánto de este poder podemos experimentar?

Si leemos atentamente a Pablo, descubriremos que sus palabras surgían del otro lado de la muerte. Es por el poder de la resurrección que sus escritos, después de más de dos mil años, siguen produciendo vida y bendición. No cabe duda de que sus palabras son eternas, y todo lo eterno obedece al poder de la resurrección.

Claro, cualquiera podría decir que Pablo escribió inspirado por el Espíritu Santo, y que por eso, sus palabras son eternas, lo cual es cierto. Pero justamente tal cosa solo es posible cuando alguien logra morir a sí mismo para que la vida de Dios fluya a través de él. Por eso, Pablo ha sido de bendición para millones y millones de personas a lo largo de la historia, y seguramente lo seguirá siendo hasta la venida del Señor.

Ahora bien, ¿qué quiso decir Pablo cuando expresó que para él el vivir era Cristo y el morir era ganancia? No debemos subestimar la importancia del concepto de que vivir es Cristo, porque ahí se esconde el poder de la resurrección. En estas palabras, Pablo no habla de la muerte como el único objetivo, sino de una vida en Cristo, una vida vacía de sí mismo, en la que podía expresar la vida del Señor.

Pablo estaba diciendo que todo lo que había intentado ser, todo lo que era y todo lo que esperaba ser, apuntaba a Cristo. Desde el momento de su conversión hasta su martirio,

cada uno de sus pasos estuvo dirigido a hacer avanzar el conocimiento, el evangelio del Reino y la Iglesia de Cristo. Su único objetivo era dar gloria a Jesús con su vida.

Pablo predicaba en las sinagogas, con el peligro que eso implicaba; predicaba en los pueblos; predicaba estando preso; enseñaba como maestro y se impartía como apóstol. Su mensaje era constante: ***“Jesucristo, y a éste crucificado”*** (1 Corintios 2:2). Llevó el mensaje del sacrificio de Cristo a reyes, soldados, gobernantes, sacerdotes, filósofos, judíos y gentiles, hombres y mujeres. Predicaba literalmente a cualquiera que quisiera escucharlo.

“A fin de conocerle, y el poder de su resurrección, y la participación de sus padecimientos, llegando a ser semejante a él en su muerte, si en alguna manera llegase a la resurrección de entre los muertos”.

Filipenses 3:10 y 11

Pablo hacía todo con el propósito de conocer un poco más al Señor; ese era su objetivo. No buscaba fama, reconocimiento ni recursos materiales. Él simplemente anhelaba un grado mayor de la revelación de Cristo y vivir en el poder de Su resurrección. Comprendió que la muerte que operaba en los padecimientos que lo acechaban, lo estaban quebrantando para que el fluir divino se manifestara. Sin embargo, reconocía públicamente que todo aquello valía la pena:

“Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida por amor de Cristo. Y ciertamente, aun estimo todas las cosas como pérdida por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús, mi Señor, por amor del cual lo he perdido todo, y lo tengo por basura, para ganar a Cristo, y ser hallado en él”

Filipenses 3:7 al 9

Pablo no se refería a los intereses naturales de cualquier persona; más bien, comprendió que las cosas que verdaderamente le habían impedido llegar a la verdad, eran su religión, su filosofía y su teología. Cuando hablaba de sí mismo, no se describía como alguien cargado de intereses materiales, sino como alguien totalmente entregado a la fe. Y fue precisamente esa entrega mal enfocada, lo que identificó como su mayor obstáculo antes de conocer a Cristo.

Antes de su conversión, Pablo había consagrado todo su ser a la religión judía y a las tradiciones de su época. Se había entregado por completo al judaísmo con todo lo que esto implicaba, pero aun así, descubrió que iba en dirección contraria a la voluntad de Dios. Por eso, definió todo su bagaje de conocimiento como simple basura que le había impedido llegar al conocimiento de la verdad.

La verdad llega a nosotros por la gracia de la vida de Cristo. Esa vida es la luz de los hombres (**Juan 1:4**), y es esa luz la que nos permite recibir revelación de la verdad. No podemos generar esto de manera voluntaria, sino recibirlo por medio de la gracia. Es decir, la revelación está más allá

de nuestra vida natural; pertenece al plano espiritual y, por tanto, es poder de resurrección, porque viene a través de la nueva vida. El mismo Pablo escribió:

“Por tanto, no desmayamos; antes, aunque este nuestro hombre exterior se va desgastando, el interior no obstante se renueva de día en día. Porque esta leve tribulación momentánea produce en nosotros un cada vez más excelente y eterno peso de gloria; no mirando nosotros las cosas que se ven, sino las que no se ven; pues las cosas que se ven son temporales, pero las que no se ven son eternas”.

2 Corintios 4:16 al 18

Cuenta una ilustración sobre un predicador latino que, después de haber dedicado gran parte de su vida al trabajo misionero en África, decidió regresar a su país de origen. Para su sorpresa, en el mismo barco viajaba también el presidente de su nación, acompañado de toda su comitiva.

Al llegar al puerto, el misionero observó una enorme multitud eufórica, una banda militar, una alfombra roja y muchos medios de comunicación, todos allí para recibir al presidente. El misionero contempló con curiosidad todo el despliegue de celebración, y luego meditó en que, después de tantos años de padecimientos y esfuerzos, ni siquiera un familiar estaba allí para recibirlo.

Un sentimiento de tristeza invadió el corazón del misionero al ver que desembarcaba sin notoriedad, ni

reconocimiento alguno. Con cierto resentimiento en su interior, comenzó a enumerar ante Dios sus muchos padecimientos, su esfuerzo y la trascendencia de su trabajo, así como la falta de honra respecto de su trabajo. De pronto, escuchó la voz de Dios que, con gran ternura, le dijo: *“¿Por qué te pones triste, hijo mío, si tú todavía no has llegado a casa?”*

Nuestra herencia y nuestra recompensa serán extraordinarias, pero no hay reclamos anticipados. Jesús dijo que en el mundo padeceríamos aflicciones (**Juan 16:33**). No debemos esperar un justo reconocimiento de nadie; solo nuestro Padre conoce nuestras obras y nuestros momentos de aflicción. Sin embargo, eso es más que suficiente.

Hoy en día, hay un enfoque exagerado en lo natural: bienes, logros, bienestar o resultados. Pero el éxito de la vida de resurrección no está en la felicidad terrenal que todos buscan. Quien camina en el propósito eterno de Dios puede enfrentar muchas aflicciones y hostilidades, y aun así, alcanzar el verdadero éxito según Dios.

Cuando estudiamos la vida de Pablo, no podemos dejar de asombrarnos por sus múltiples aflicciones, incluso anunciadas de antemano por el mismo Señor (**Hechos 9:16**). Pablo sufrió persecuciones, desprecios, traiciones, golpes, torturas, encarcelamientos, naufragios y todo tipo de padecimientos. Por eso hablaba de no desmayar, aun cuando su cuerpo biológico se deterioraba.

Pablo consideraba que su vida de resurrección espiritual estaba en constante evolución y, por ello, destacaba su continua renovación. Esto nos deja una gran enseñanza, pues hay hermanos que, después de algunos años en la fe, se estancan y pierden frescura en la unción. No avanzan en el entendimiento del Reino, creen que ya lo saben todo, dejan de renovarse y esto mismo los frustra en gran manera.

Algunos pierden la pasión por Dios y el entusiasmo por servir; piensan que ya conocen la Palabra y dejan de escudriñar sus tesoros. Las tribulaciones los derriban, pierden la fortaleza del gozo espiritual, y no logran hallar ese excelente y eterno peso de gloria, en los procesos difíciles de la vida.

Estos hermanos no pueden hacer lo que Pablo hacía: ver lo invisible. Se basan solo en lo que perciben con sus ojos naturales y evalúan todo de manera superficial, sin glorificar a Dios por medio de la fe. Sin embargo, el poder de la resurrección es eterno y opera desde la dimensión espiritual. Si aprendemos a ver espiritualmente, encontraremos el camino hacia el enorme y eterno peso de gloria del que Pablo hablaba.

“Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame. Porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará. Porque ¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma? ¿O qué recompensa

***dará el hombre por su alma? Porque el Hijo del Hombre
vendrá en la gloria de su Padre con sus ángeles, y
entonces pagará a cada uno conforme a sus obras”***

Mateo 16:24 al 27

Cuando recibimos la vida espiritual, entramos en un proceso de madurez. Pero lo que detona la manifestación de esa vida es la revelación de la cruz. No me refiero solo a la obra redentora de Cristo en el Calvario, sino a la cruz que opera en nuestras vidas al llevar nuestra vieja naturaleza por el camino de la negación.

La sangre de Cristo puso fin a nuestros pecados, pero la cruz debe seguir obrando cada día en nosotros, lidiando con el pecado que aún mora en nuestra carne. Muchas personas interpretan la cruz como una carga que deben llevar en sus vidas, sean problemas, necesidades, enfermedades o aflicciones, pero en realidad, estas circunstancias solo crean el terreno para la revelación de la cruz, no son la cruz en sí mismas.

Más de dos mil años después del Calvario, los cristianos vemos la cruz como un símbolo valioso de expiación, perdón, gracia y amor. Sin embargo, en los días de Jesús, la cruz era únicamente un instrumento de muerte atroz. Como los romanos obligaban a los condenados a llevar su propia cruz al lugar de ejecución, cargar una cruz significaba cargar el mecanismo de su propia muerte, mientras enfrentaban el ridículo, y el dolor en el camino que solo los conducía al final de sus vidas.

Para nosotros, tomar la cruz y seguir a Cristo, después de haber recibido tanta gracia y amor, no significa recorrer el camino al Gólgota, sino estar dispuestos a morir a nuestra vieja naturaleza, la cual está viciada y nos limita en el avance hacia el propósito eterno de Dios.

La vida de resurrección opera fuera del poder del alma. Nuestras emociones, sentimientos y estados de ánimo nos limitan demasiado a la hora de avanzar en la voluntad de Dios. La vida del espíritu no solo se ve obstaculizada por los deseos de la carne, los deseos de los ojos o la vanagloria de la vida **(1 Juan 2:16)**, sino, sobre todo, por las percepciones del alma.

Seguir a Jesús es fácil cuando la vida va bien, cuando tenemos salud, estabilidad familiar y financiera, y cuando creemos que ser cristianos consiste solo en asistir a algunas reuniones semanales. Sin embargo, el verdadero compromiso con el Reino se manifiesta durante las aflicciones que surgen precisamente por la fe. Jesús aseguró que las pruebas vendrían sobre quienes lo seguían **(Juan 16:33)**. El discipulado tiene costos, y no me refiero simplemente a participar en actividades de culto, sino a rendir nuestra vida completamente a Cristo.

“Yendo ellos, uno le dijo en el camino: Señor, te seguiré adondequiera que vayas. Y le dijo Jesús: Las zorras tienen guaridas, y las aves de los cielos nidos; más el Hijo del Hombre no tiene dónde recostar la cabeza. Y dijo a otro: Sígueme. Él le dijo: Señor, déjame que primero vaya y

entierre a mi padre. Jesús le dijo: Deja que los muertos entierren a sus muertos; y tú ve, y anuncia el reino de Dios. Entonces también dijo otro: Te seguiré, Señor; pero déjame que me despida primero de los que están en mi casa. Y Jesús le dijo: Ninguno que poniendo su mano en el arado mira hacia atrás, es apto para el reino de Dios.

Lucas 9:57 al 62

En este pasaje, vemos que al menos tres personas parecían dispuestas a seguir a Jesús. Sin embargo, cuando Él los confrontó, sus supuestos compromisos resultaron ser superficiales. Fallaron al no medir el costo de seguirlo. Ninguno estaba dispuesto a tomar su cruz y crucificar sus propios intereses. Seguir al Maestro no era simplemente asistir a un culto dominical, como algunos cristianos de hoy en día podrían pensar. Era dejarlo todo por Él, arriesgando la reputación, el bienestar e incluso la vida.

Seguir a Jesús implica renunciar a nuestros deseos personales y enfrentar las situaciones que debamos atravesar. Cuando el Señor habla de la cruz, no pretende generar en nosotros la idea de sacrificios personales para obtener salvación. Ese sacrificio total y sublime lo hizo Él. Nosotros no debemos enfrentar los clavos en un madero; solo debemos aprender a morir a nuestro “yo”, para que Su vida, extraordinaria y gloriosa, se manifieste en nosotros.

La crucifixión de Jesús, su muerte y su resurrección fueron eventos literales y físicos. Nosotros debemos asumir ese principio de manera espiritual. Ni siquiera debemos

buscar la negación por sí misma, sino entender que hay momentos en los que es necesario morir a nuestra voluntad, para que la vida de Cristo fluya sin limitaciones.

En algunos lugares del mundo, incluso en la actualidad, seguir a Cristo conlleva consecuencias fatales. Hay hermanos que sufren persecución, torturas e incluso la muerte. Esto siempre ha sucedido en algún lugar y se incrementará en los tiempos finales. La libertad de la que gozamos en muchos países, nos ha llevado a inclinarnos tras proyectos vanos, y como resultado, nuestros valores e intereses han cambiado.

Debemos preguntarnos: ¿Cómo reaccionaríamos si nuestros afectos, bienes o incluso nuestra vida estuvieran en riesgo por la fe? ¿Seríamos capaces de entregarlo todo por el Reino de Dios? Como ministro de esta generación, confieso que esto me causa un gran pesar. Veo a algunos hermanos que ni siquiera logran renunciar a intereses triviales, y me pregunto: ¿Qué harán cuando la violencia anunciada en los tiempos finales se desate?

El compromiso con Cristo implica tomar la cruz cada día, renunciando a nuestras pretensiones personales, a nuestros sueños, a nuestras posesiones materiales e incluso a nuestra vida si fuera necesario. Por causa de Cristo debemos ser capaces de dejarlo todo. Solo si asumimos esta entrega de manera voluntaria, podemos ser llamados sus discípulos (**Lucas 14:27**). Debemos tener claro que la recompensa será gloriosa y que vale la pena rendirse por completo a Dios.

Ahora bien, si no estamos enfrentando estas presiones, si disfrutamos de libertad espiritual y el sistema no nos acosa por expresar nuestra fe, lo que debemos hacer es aprender a morir al yo en los pequeños desafíos de la vida. No hablemos de morir en una hoguera; hablemos de morir en medio de un conflicto matrimonial, familiar, laboral o incluso ministerial. Hablemos de morir a la envidia, al ego, al orgullo, a la competencia, a los celos, al mal carácter, a los vicios y a la irresponsabilidad.

Si no aprendemos a morir por Cristo en las pequeñas cosas de la vida, ¿cómo podríamos enfrentar desafíos mayores? La vida de resurrección puede manifestarse cada día sin necesidad de atravesar grandes conflictos. Lo que el Señor espera es que demos fruto en todo tiempo y que cumplamos nuestro rol como embajadores del Reino.

Cuando Jesús nos llama a negarnos a nosotros mismos y a cargar nuestra cruz, está reclamando autoridad sobre nuestras vidas. Seguir a Cristo significa rendirle nuestra lealtad y renunciar a nuestra propia voluntad. Es una entrega total y absoluta desde lo más profundo de nuestro ser. El llamado de Jesús es radical e integral: no hay medias tintas cuando se trata de seguirlo. Es todo o nada. No se trata de un pasatiempo, sino de una lealtad inquebrantable a Dios y a Su Reino.

El Señor nos llama a una entrega exclusiva y a una sumisión total. Aunque el llamado es radical, debemos entender que negarnos a nosotros mismos y cargar nuestra

cruz no anula nuestra identidad ni reprime lo que somos. Más bien, el Espíritu Santo actúa a través de nosotros para que manifestemos la esencia de Cristo mientras caminamos en Su propósito eterno.

“Porque el que ha muerto, ha sido justificado del pecado. Y si morimos con Cristo, creemos que también viviremos con él; sabiendo que Cristo, habiendo resucitado de los muertos, ya no muere; la muerte no se enseñorea más de él. Porque en cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; más en cuanto vive, para Dios vive. Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro”.

Romanos 6:7 al 11



Capítulo siete

LA RESURRECCIÓN Y LOS TIEMPOS DEL FIN

“He aquí, os digo un misterio: No todos dormiremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta; porque se tocará la trompeta, y los muertos serán resucitados incorruptibles, y nosotros seremos transformados”.

1 Corintios 15:51 y 52

Como hemos visto, la Biblia enseña claramente que la resurrección es una realidad y que la vida natural no lo es todo. Aunque la muerte marca el final de la vida física, no representa el fin de la existencia humana. Muchos creen erróneamente que después de la muerte no hay nada, y otros piensan que solo habrá una resurrección al final de los tiempos. Sin embargo, esto tampoco es así, pues en la Biblia encontramos diversas resurrecciones.

Algunos serán resucitados para vida eterna, y otros lo serán para condenación eterna (**Daniel 12:2**). En realidad, solo aquellos que somos salvos tendremos vida, mientras que los demás experimentarán lo que se denomina como “la muerte eterna”. Es cierto que quienes no tienen a Cristo no

pueden tener la vida, pues solo Él es la vida verdadera. Sin embargo, lo más terrible es que pasarán la eternidad en tormento y con plena consciencia de ello.

La resurrección de Jesucristo es la primicia y nuestra garantía de resurrección; al mismo tiempo, es la certeza de que todas las personas que han muerto, sin excepción, resucitarán un día para enfrentar un juicio justo e imparcial ante Cristo Jesús (**Hechos 17:30 y 31**). La resurrección para vida eterna es descrita como la primera resurrección (**Apocalipsis 20:5 y 6**), mientras que la resurrección para juicio y tormento también es denominada como la segunda muerte (**Apocalipsis 20:6**).

“El Señor mismo descenderá del cielo con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros, los que estemos vivos y hayamos quedado, seremos arrebatados junto con ellos en las nubes para encontrarnos con el Señor en el aire.”

1 Tesalonicenses 4:16 y 17

Más allá del momento en que la gracia del Señor nos concedió la vida en Cristo, la primera gran resurrección de la Iglesia ocurrirá en la segunda venida del Señor. Todos aquellos que han recibido la gracia durante la era de la Iglesia y murieron antes del arrebatamiento vendrán con el Señor y recibirán cuerpos glorificados.

La era de la Iglesia comenzó en el Día de Pentecostés y concluirá cuando Cristo regrese. El apóstol Pablo explicó que no todos los cristianos morirán, pero todos serán transformados y recibirán un cuerpo con la naturaleza de la resurrección **(1 Corintios 15:50 al 58)**. Los cristianos que estemos vivos, junto con aquellos que hayan muerto, seremos arrebatados para encontrarnos con el Señor en el aire y estar con Él en Su reinado terrenal y en Sus planes eternos.

Ahora bien, antes de la resurrección que tendrá lugar en la segunda venida de Cristo, el mundo experimentará una serie de eventos proféticos que servirán como señales claras de la cercanía de ese momento tan esperado. Lamentablemente, estos acontecimientos serán sumamente difíciles para el mundo, y la Iglesia deberá enfrentarlos con fe, altruismo y valentía.

Debemos comprender que, a medida que nos acercamos a estos tiempos difíciles, los hijos de la luz necesitamos brillar con mayor intensidad. Es decir, conforme se acerca el tiempo de la resurrección física, será imprescindible que vivamos y actuemos desde nuestra naturaleza espiritual.

La única manera en que la Iglesia podrá enfrentar las crecientes hostilidades será obrando en el poder de la resurrección. Por ello, es crucial la revelación de la cruz, ya que solo a través de la muerte del “yo”, es decir, de nuestra vieja naturaleza, podremos manifestar efectivamente nuestro potencial espiritual.

La búsqueda de una mayor profundidad espiritual implica madurez, y una comunión constante con Dios. La Iglesia necesitará, en primer lugar, un claro discernimiento espiritual para detectar, evaluar y comprender los movimientos del sistema global y los cambios dentro de la misma Iglesia. Las señales no solo se manifestarán en el mundo, sino también dentro de la Iglesia.

Algunas señales serán visibles en la naturaleza. Hoy en día somos testigos de desastres naturales cada vez más frecuentes en todo el mundo: un clima inestable, lluvias descontroladas que generan grandes inundaciones, caída de granizo, desbordamientos de ríos, tsunamis y terremotos. Asimismo, enfrentamos temperaturas extremas y un sol abrasador que provoca incendios forestales y sequías. También vemos huracanes, tornados, tormentas eléctricas intensas, nevadas extremas y olas de frío sin precedentes.

Un claro aumento del nivel del mar, provocado por el deshielo acelerado de los glaciares, ha generado inundaciones en áreas costeras y la pérdida de hábitats naturales. La política global atribuye esto al cambio climático y al crecimiento demográfico, pero la realidad es que, a lo largo de la historia, la expansión de las civilizaciones ha estado ligada tanto a épocas de bonanza como a períodos de inestabilidad climática.

Los inviernos suaves y los veranos cálidos favorecen los cultivos, lo que fortalece la economía y el comercio. En contraste, las etapas de climas extremos suelen llevar al

declive de las sociedades. La historia ha registrado con claridad estos ciclos de prosperidad y crisis climática. Sin embargo, lo que hace particularmente especial el tiempo que estamos viviendo es la convergencia de múltiples eventos simultáneos.

Si solo estuviéramos presenciando señales naturales, podríamos restarles importancia, ya que estos fenómenos han ocurrido en repetidas ocasiones a lo largo de los siglos. No obstante, cuando consideramos que estas señales están ocurriendo junto con muchas otras de índole profética, debemos reconocer que podríamos estar ante la antesala de los tiempos finales.

Por ejemplo, al observar las señales sociológicas, vemos un aumento descontrolado de la inmoralidad y una abierta rebelión contra los mandatos de Dios. El aborto, la homosexualidad, la perversión sexual, el abuso y tráfico de drogas, la prostitución, el abuso de menores, la violencia familiar, el egoísmo, el rechazo a toda autoridad y la maldad en general son una clara manifestación de los tiempos en los que vivimos (**2 Timoteo 3:13**).

Hoy habitamos en una sociedad hedonista y materialista, centrada en el consumo y la vanidad. Las personas son amadoras de sí mismas y no desean luchar por el matrimonio, la familia, la crianza de los hijos o las metas comunes. Ante cualquier desacuerdo, se producen rupturas, divorcios, enemistades, litigios y traiciones.

Cada cual vela únicamente por sus propios intereses, sin considerar las necesidades de los demás. Mientras tanto, vemos a celebridades y millonarios idolatrados por las masas, mientras incontables personas viven en pobreza extrema, ignoradas por todos.

Es evidente la profunda desigualdad: mientras algunos actores o deportistas reciben cientos de millones de dólares, miles de trabajadores deben sobrevivir con salarios miserables. Mientras unos viven en riqueza desmesurada, otros mueren de hambre en el abandono más absoluto, pero nadie parece conmoverse ante esta realidad. Hemos perdido toda sensibilidad.

Junto con el crecimiento de la maldad, estamos experimentando un avance tecnológico sin precedentes. La ciencia ha progresado de manera vertiginosa y, de hecho, el cumplimiento de algunas profecías que antes parecían imposibles es ahora más comprensible en el contexto de la tecnología moderna. Algunos de los juicios descritos en Apocalipsis son mucho más fáciles de imaginar en una era de desarrollo tecnológico y nuclear como la actual.

En **Apocalipsis 13:16 al 18** se nos advierte que el anticristo controlará el comercio y obligará a las personas a llevar una marca. Con los avances en la tecnología de los chips informáticos, es posible que las herramientas que usará ya estén disponibles. El control social, el monitoreo de la identidad, la localización y hasta el análisis de preferencias personales han alcanzado niveles sin precedentes. Los

medios de comunicación nos observan, nos escuchan y nos condicionan en formas nunca antes vistas.

Asimismo, la geopolítica actual nos ofrece señales inequívocas de tiempos cruciales. Desde la independencia de Israel hasta su ocupación de territorios claves como Jerusalén, los movimientos en Oriente Medio son significativos. Además, las hostilidades entre naciones, profetizadas por el Señor en **Mateo 24:6 y 7**, cuando dijo que se levantaría nación contra nación y reino contra reino, se reflejan en la actualidad. Hoy, el mundo enfrenta más de cincuenta conflictos bélicos activos.

Las armas de destrucción masiva de hoy en día son incalculables. La bomba nuclear más poderosa jamás probada, conocida como “la Bomba del Zar”, fue 3.300 veces más destructiva que la de Hiroshima. La realidad es que estamos más cerca de una guerra nuclear de proporciones mundiales de lo que muchos imaginan.

La Biblia también menciona señales espirituales, tanto positivas como negativas. En **2 Timoteo 4:3 y 4** se nos advierte que muchas personas seguirán enseñanzas erróneas promovidas por falsos maestros. Sin duda, en la actualidad existe una gran confusión dentro de la Iglesia. Vemos falsos ministerios, falsas unciones, falsos milagros y doctrinas engañosas. Esto no debería sorprendernos, pues la Escritura ya nos había advertido sobre ello. Por esta razón, debemos estar atentos y extremar los cuidados en nuestra fe.

En la actualidad, observamos un aumento de los grupos sectarios, herejías y engaños, así como un avance sin precedentes del ocultismo, la falsa espiritualidad, la Nueva Era y las religiones paganas disfrazadas de modernidad. La brujería y el satanismo ya son moneda corriente en nuestra sociedad. Además, la música, el cine, la televisión y el arte en general han normalizado e insertado el mal en la cultura cotidiana.

No obstante, también vemos señales positivas. Gracias a los medios de comunicación modernos como Internet, la radio y la televisión, la proclamación del evangelio es ahora posible en todo el mundo (**Marcos 13:10**). Asimismo, la digitalización de la Biblia ha permitido su difusión sin límites y su rápida traducción a prácticamente todos los idiomas.

Ante esto, la Iglesia se debatirá entre lo falso y lo verdadero, entre lo diabólico y lo santo. Por ello, debemos extremar todos los cuidados, y la única manera de discernir correctamente todas las cosas, es a través de la unción, que es el poder de la resurrección. Solo la nueva vida en Cristo tiene la capacidad de ver, entender y gestionar la fe de manera íntegra y correcta.

La única forma en que los ministros del evangelio pueden predicar la verdad sin añadidos, sin falsas estructuras y sin errores, es mediante una honesta y profunda comunión con el Espíritu Santo. Lamentablemente, hoy vemos a muchos ministros desorientados y confundidos, pero esto

puede solucionarse con un renovado compromiso espiritual con el Señor.

La falta de unidad ministerial y las rígidas estructuras institucionales, han obstaculizado la implementación de las reformas necesarias para enfrentar los tiempos finales de manera efectiva. El legalismo, la religiosidad, el egoísmo, el orgullo y los celos ministeriales, son grandes males que debemos erradicar. Es momento de inclinarnos ante el señorío de Cristo, pues solo Él merece una corona; nosotros debemos recuperar la plena conciencia de nuestro llamado al servicio.

Si hacemos esto, estoy convencido de que experimentaremos una purificación que nos llevará a un avivamiento espiritual sin precedentes. La profecía de **Joel 2:28 y 29** se cumplió en el Día de Pentecostés (**Hechos 2:16**), pero aquello fue la lluvia temprana con la que se sembró el mundo con el evangelio del Reino. Lo que debemos esperar ahora es la lluvia tardía, que preparará la tierra para la última gran cosecha espiritual.

La vida de resurrección es incorruptible, y en esta manifestación de poder encontramos la clave para redimir todo vestigio de maldad. Es tiempo de proclamar con claridad los valores bíblicos en medio de una sociedad corrupta. Debemos discipular a los creyentes en una vida de santidad y amor, enseñando la doctrina del Reino basada exclusivamente en la Palabra de Dios.

Es fundamental fomentar el discernimiento espiritual para que los creyentes no sean engañados. Debemos promover una vida de oración sincera y receptiva, dejando de lado una actitud de peticiones constantes para enfocarnos en comprender y cumplir la voluntad de Dios.

También es crucial instruir a los hermanos sobre la entrega, la confianza y la fe para enfrentar tiempos de hostilidad, aflicción y dificultades. La Iglesia debe estar espiritualmente fortalecida y preparada. Además, debemos enseñar a los creyentes a ser generosos, convirtiéndose en canales de bendición para la sociedad, y no en simples demandantes de beneficios personales.

El fortalecimiento de la fe no debe entenderse como una mera búsqueda de milagros, sino como una determinación firme de vivir bajo el gobierno de Dios. Debemos forjar una mentalidad de Reino que sea radical y resistente a las influencias culturales que buscan corromperla.

Asimismo, es necesario enseñar que enfrentaremos persecución y que la hostilidad espiritual será creciente. Debemos preparar a los hermanos para que no claudiquen ante las exigencias del sistema y que, sin importar el costo, estén dispuestos a permanecer fieles hasta la muerte.

Es imperativo apoyar a los misioneros y potenciar estrategias de evangelismo, tanto digital como presencial. Debemos predicar el evangelio en su totalidad, presentando

a Cristo como Rey y a Su Iglesia como la manifestación de Su Reino. La verdad no debe ser diluida ni comprometida para hacerla más aceptable. El mensaje del evangelio es innegociable.

El compromiso, la fidelidad, la santidad y la efectividad de la Iglesia, dependen del poder de la resurrección. Solo mediante una vida espiritual genuina y una comunión profunda con el Espíritu Santo podremos ser efectivos en la sociedad y enfrentar las presiones de los tiempos finales.

Recordemos que la vida de resurrección tiene su esencia en Cristo. Su muerte fue la siembra, pero Su resurrección marcó el inicio de la gran cosecha. En esa cosecha comenzó la expansión de la gracia para todos los escogidos, no solo para salvación, sino también para la restauración del propósito divino, que es la manifestación del Reino de Dios en la Tierra.

En la resurrección, el Señor estableció Su Reino en el altar de nuestros corazones. Aunque el mundo entero está bajo el maligno, la Iglesia vive bajo la autoridad del Reino, manifestada desde nuestro interior por el Espíritu Santo, quien nos guía a toda verdad y justicia. Nuestra fe es el medio legal para expresar el Reino y acceder a todo lo que está contenido en la gracia de Dios.

Los dones, talentos, capacidades, virtudes y frutos de Cristo se expresan a través de nuestras vidas para que el

mundo pueda ver a Dios. Somos Sus embajadores y ministros competentes del Nuevo Pacto, llamados a manifestar el Reino y a dar testimonio con todo nuestro potencial espiritual. Esta es nuestra misión hasta la segunda venida del Señor.

El sistema del mundo sabe que no le pertenecemos y, por ello, intentará someternos e incluso eliminarnos, tal como hizo con Jesús y sus discípulos (**Juan 15:18**). Sin embargo, la Iglesia es inmortal, pues los santos vivimos en el poder de la resurrección. No importa cuántos intente matar el sistema, la tumba no puede retenernos y el Reino de Dios no solo será manifestado por la Iglesia, sino que será establecido en toda la Tierra, derribando por completo al imperio de las tinieblas.

Nuestro objetivo no es simplemente aguantar para ir a vivir a una morada celestial, sino resistir hasta que venga nuestro Rey y Su Reino llene toda la creación. En ese momento, todo lo que Adán perdió será restaurado de manera definitiva. Entonces, el enemigo y toda forma de maldad serán completamente erradicados, y la tierra será llena de la gloria del Señor.

El diseño de Dios es perfecto y está claramente establecido en Su verdad eterna. Nuestra responsabilidad es interpretarlo correctamente y mantenernos firmes en nuestra realidad presente. Tenemos la vida y el poder de la resurrección, y con ello, todo lo necesario para resistir y manifestar el Reino hasta la venida del Rey.

La Iglesia no es una institución religiosa, sino un organismo vivo, espiritual y eterno, que no puede ser destruido por nada, ni por nadie. No se trata de una denominación, un templo, una catedral o un formato litúrgico específico. Tampoco es una estructura de trabajo ni una línea teológica determinada. La Iglesia es el cuerpo de Cristo y la expresión de Su gracia en la Tierra.

La Iglesia no es frágil, no se divide, no se quiebra ni se doblega. Aunque algunos puedan percibirlo así en lo natural, la Iglesia es espiritual y eterna. Durante siglos, los hombres han intentado violentarla, infiltrarse en ella con perversidad y atacarla desde fuera con violencia, pero jamás han logrado destruirla. Nadie podrá hacerlo, porque la Iglesia vive y opera en el poder de la resurrección.

“Sabemos que Dios va preparando todo para el bien de los que lo aman, es decir, de los que él ha llamado de acuerdo con su plan. Desde el principio, Dios ya sabía a quiénes iba a elegir, y ya había decidido que fueran semejantes a su Hijo, para que este sea el Hijo mayor. A los que él ya había elegido, los llamó; y a los que llamó también los aceptó; y a los que aceptó les dio un lugar de honor. Sólo nos queda decir que, si Dios está de nuestra parte, nadie podrá estar en contra de nosotros. Dios no nos negó ni siquiera a su propio Hijo, sino que lo entregó por nosotros, así que también nos dará junto con él todas las cosas. ¿Quién puede acusar de algo malo a los que Dios ha elegido? ¡Si Dios mismo los ha declarado inocentes! ¿Puede alguien castigarlos? ¡De ninguna manera, pues

Jesucristo murió por ellos! Es más, Jesucristo resucitó, y ahora está a la derecha de Dios, rogando por nosotros. ¿Quién podrá separarnos del amor de Jesucristo? Nada ni nadie. Ni los problemas, ni los sufrimientos, ni las dificultades. Tampoco podrán hacerlo el hambre ni el frío, ni los peligros ni la muerte. Como está escrito: ¡Por causa tuya nos matan; por ti nos tratan siempre como a ovejas para el matadero! En medio de todos nuestros problemas, estamos seguros de que Jesucristo, quien nos amó, nos dará la victoria total. Yo estoy seguro de que nada podrá separarnos del amor de Dios: ni la vida ni la muerte, ni los ángeles ni los espíritus, ni lo presente ni lo futuro, ni los poderes del cielo ni los del infierno, ni nada de lo creado por Dios. ¡Nada, absolutamente nada, podrá separarnos del amor que Dios nos ha mostrado por medio de nuestro Señor Jesucristo!” (Romanos 8:28 al 39 VLS).



RECONOCIMIENTOS

“Quisiera agradecer por este libro a mi Padre celestial, porque me amó de tal manera que envió a su Hijo Jesucristo mi redentor.

Quisiera agradecer a Cristo por hacerse hombre, por morir en mi lugar y por dejarme sus huellas bien marcadas para que no pueda perderme.

Quisiera agradecer al glorioso Espíritu Santo mi fiel amigo, que en su infinita gracia y paciencia, me fue revelando todo esto...”

“Quisiera como en cada libro agradecer a mi compañera de vida, a mi amada esposa Claudia por su amor y paciencia ante mis largas horas de trabajo, sé que es difícil vivir con alguien tan enfocado en su propósito y sería imposible sin su comprensión”



Como en cada uno de mis libros, he tomado muchos versículos de la biblia en diferentes versiones. Así como también he tomado algunos conceptos, comentarios o párrafos de otros libros o manuales de referencia. Lo hago con libertad y no detallo cada una de las citas, porque tengo la total convicción de que todo, absolutamente todo, en el Reino, es del Señor.

Los libros de literatura, obedecen al talento y la capacidad humana, pero los libros cristianos, solo son el resultado de la gracia divina. Ya que nada, podríamos entender sin Su soberana intervención.

Por tal motivo, tampoco reclamo la autoría o el derecho de nada. Todos mis libros, se pueden bajar gratuitamente en [mí página personal](http://mí.página.personal) **www.osvaldorebolleda.com** y lo pueden utilizar con toda libertad. Los libros no tienen **copyright**, para que puedan utilizar toda parte que les pueda servir.

El Señor desate toda su bendición sobre cada lector y sobre cada hermano que, a través de su trabajo, también haya contribuido, con un concepto, con una idea o simplemente con una frase. Dios recompense a cada uno y podamos todos arribar a la consumación del magno propósito eterno en Cristo.

Maestro de la Palabra
Oswaldo Rebolleda



El Pastor y maestro Oswaldo Rebolleda hoy cuenta con miles de títulos en mensajes de enseñanza para el perfeccionamiento de los santos y diversos Libros de estudios con temas variados y vitales para una vida cristiana victoriosa.

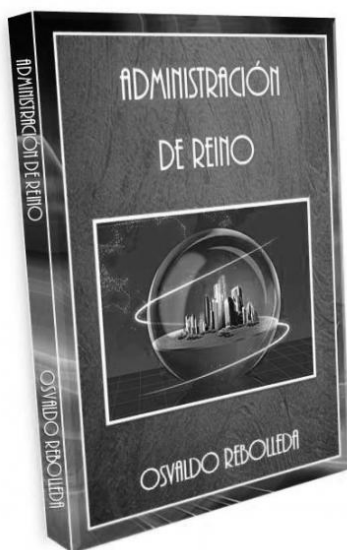
El maestro Oswaldo Rebolleda es el creador de la Escuela de Gobierno espiritual (EGE) y ha sido reconocido con un

**Doctorado Honoris Causa en Divinidades de
La Universidad teológica de Estados Unidos.**

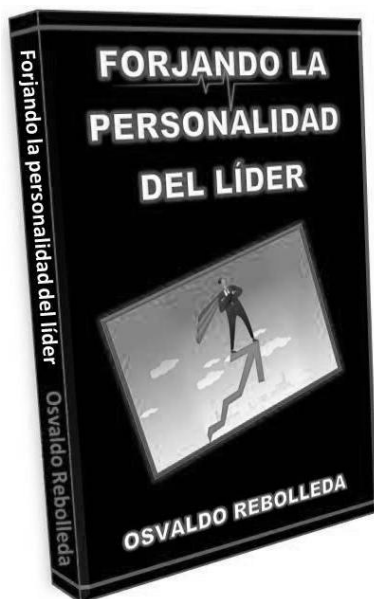
Hasta hoy en día ministra de manera itinerante en Argentina
Y hasta lo último de la tierra.

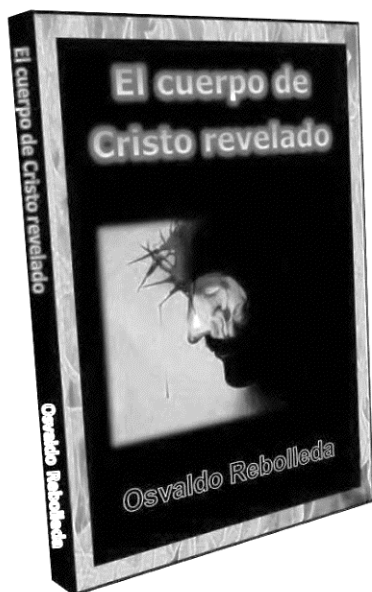
rebolleda@hotmail.com

www.osvaldorebolleda.com

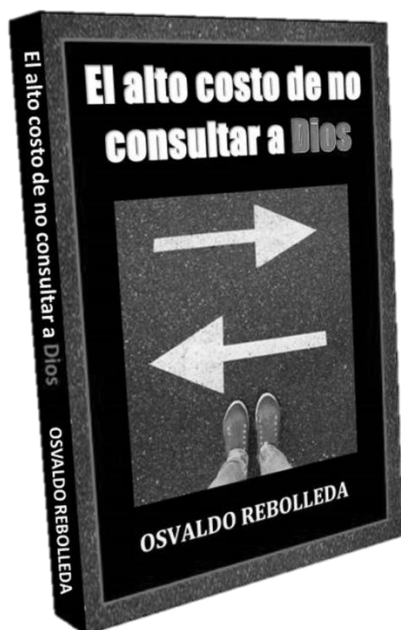


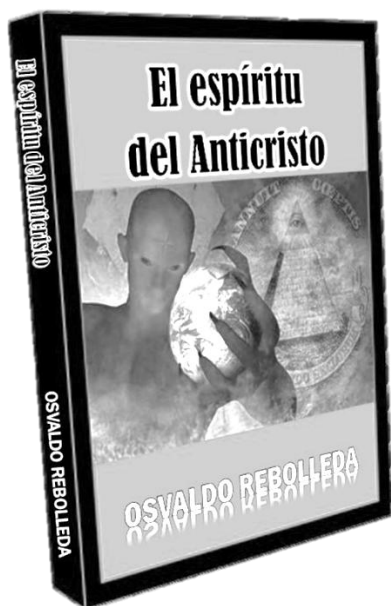
www.osvaldorebolleda.com



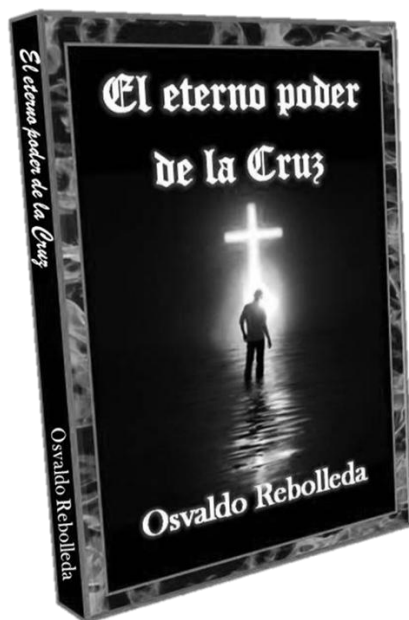
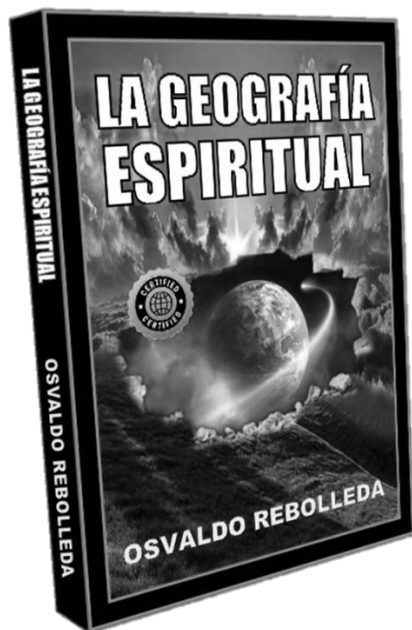


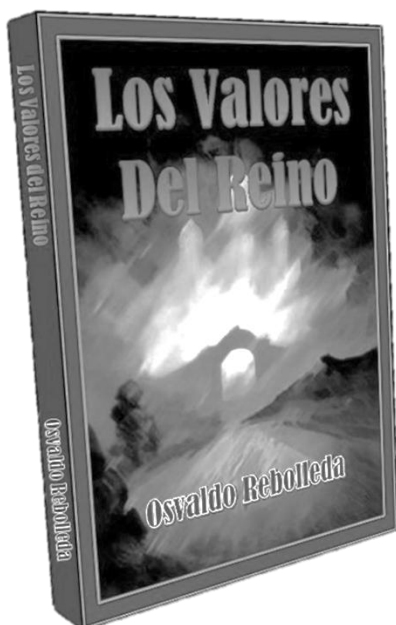
www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolleda.com





www.osvaldorebolledo.com

